

Enrique Shaw, el humanismo cristiano hecho vida¹

Horacio García Bossio*

Pontificia Universidad Católica Argentina
horacio_garciabossio@uca.edu.ar

Revista Cultura Económica

Año XLI • N°105

Junio 2023: 22-66

<https://doi.org/10.46553/cecon.41.105.2023.p22-66>

Resumen: La vida de Enrique Ernesto Shaw (1921-1962) estuvo cruzada por los destinos más significativos de la historia argentina y mundial del siglo XX. En este estudio se intentará presentar la acción de Shaw como protagonista apasionado de un itinerario personal y colectivo que se inscribe sin dudas dentro del destino de la Argentina, ya que Enrique Shaw desde su entorno familiar y sus redes sociales (como parte de una *élite* empresarial) estaba llamado a tener influencia en el devenir nacional. Y si bien la cuna no marca el horizonte posible en la vida de un hombre, Shaw se supo responsable desde joven de una vocación, de un “deber ser” del cual nunca renegó. Dividiremos esta presentación en tres partes: en el apartado primero titulado *El mundo y la Argentina transitados por Enrique Shaw* se explicarán aquellas situaciones del contexto mundial y argentino que marcaron la vida y la gestión empresarial de Shaw, desde el golpe de Estado de 1930, la irrupción del peronismo y los desafíos del desarrollismo. En el segundo apartado, *La historia empresarial surcada por la gestión de Enrique Shaw* se ponderará – a la luz de los estudios académicos sobre historia de empresas y de empresarios en Argentina – la impronta de Shaw como *entrepreneur*, especialmente desde su puesto como Administrador Delegado de Cristalerías *Rigolleau*. En un tercer momento se analizará el devenir de la Iglesia Católica y el accionar de los católicos, marcado por la complejidad en torno a definir “lo católico”, en un contexto donde se yuxtaponían la tradición socialcristiana nacida de la encíclica papal *Rerum Novarum*, las disputas surgidas con la identificación de la denominada “nación católica”, la desconfianza a ciertas posiciones liberales y a la democracia de masas y los “los nuevos signos de los tiempos” en los albores del Concilio Vaticano II.

Palabras clave: Shaw; empresario; catolicismo; humanismo; dignidad

Enrique Shaw, Christian humanism made life

Abstract: *The life of Enrique Ernesto Shaw (1921-1962) was crossed by the most significant destinies in Argentine and world history of the 20th century. This study will try to present Shaw's action as a passionate protagonist of a personal and collective itinerary that is undoubtedly part of the destiny of Argentina, since Enrique Shaw from his family environment and his social networks (as part of a business elite) was called to*

* Recibido: 15/05/2023 – Aprobado: 23/06/2023

influence the national future. And although the cradle does not mark the possible horizon in a man's life, Shaw knew he was responsible from a young age for a vocation, for a "must be" which he never denied. We will divide this presentation into three parts: in the first section entitled The world and Argentina traveled by Enrique Shaw, we will explain those situations in the world and Argentine context that marked Shaw's life and business management, since the coup d'état of 1930, the irruption of Peronism and the challenges of developmentalism. In the second section, The business history furrowed by the management of Enrique Shaw will be pondered – in light of academic studies on the history of companies and entrepreneurs in Argentina – Shaw's imprint as an entrepreneur, especially from his position as Managing Director of Rigolleau glassworks. In a third moment, the Catholic Church and the actions of Catholics will be analyzed, marked by the complexity around defining "the Catholic", in a context where the Social-Christian tradition born from the papal encyclical Rerum Novarum, the disputes arising from the identification of the so-called "Catholic nation", the distrust of certain liberal positions and mass democracy and the "new signs of the times" at the dawn of the Vatican Council II.

Keywords: Shaw; entrepreneur; catholicism; humanism; dignity

I. Presentación

La vida de Enrique Ernesto Shaw (1921-1962) estuvo cruzada por los destinos más significativos de la historia argentina y mundial del siglo XX. En este artículo se intentará presentar la acción de Shaw como protagonista apasionado de un itinerario personal y colectivo que se inscribe sin dudas dentro del destino de la Argentina, ya que Enrique Shaw desde su entorno familiar y sus redes sociales (como parte de una *élite* empresarial, conformada por las familias Shaw, Tornquist, Bunge, Fourvel Rigolleau) estaba llamado a tener influencia en el devenir nacional. Y si bien la cuna no marca el horizonte posible en la vida de un hombre, Shaw se supo responsable desde joven de una vocación, de un “deber ser” del cual nunca renegó.

Dividiremos el texto en tres partes, en las cuales desplegaremos no solo los acontecimientos que “tiñen” la vida de Shaw, sino que presentaremos ciertas sutilezas y matices interpretativos en el clima de ideas que enmarcaron esos hechos. En el apartado primero titulado *El mundo y la Argentina transitados por Enrique Shaw* se explicarán aquellas situaciones del contexto mundial y argentino que marcaron la vida y la gestión empresarial de Shaw. En el plano internacional, la coyuntura económica post-crisis de 1929/1930, la expansión del comunismo y el surgimiento de los fascismos, así como el

mundo bipolar de posguerra y su reconstrucción. En el plano local, la inestabilidad político-institucional desde el golpe de Estado de 1930, la irrupción del peronismo y los desafíos del desarrollismo.

En el segundo apartado, *La historia empresarial surcada por la gestión de Enrique Shaw* se ponderará –a la luz de los estudios académicos sobre historia de empresas y de empresarios en Argentina– la impronta de Shaw como *entrepreneur*, especialmente desde su puesto como Administrador Delegado de Cristalerías *Rigolleau*.

En un tercer momento se analizará el devenir de la Iglesia Católica y el accionar de los católicos, marcado por la complejidad en torno a definir “lo católico”, en un contexto donde se yuxtaponían la tradición socialcristiana nacida de la encíclica papal *Rerum Novarum*, las disputas surgidas con la identificación de la denominada “nación católica”, la desconfianza a ciertas posiciones liberales y a la democracia de masas y los “los nuevos signos de los tiempos” en los albores del Concilio Vaticano II².

II. Primera parte: El mundo y la Argentina transitados por Enrique Shaw

1. El mundo de Shaw

Cuando nació Enrique Shaw en 1921, se producía la expansión del capitalismo norteamericano en un mundo construido en base a un equilibrio inestable luego del Tratado de Versalles. A la euforia inicial de los denominados “años locos” de la década de 1920 (caracterizada por la irrupción de la sociedad de masas, la exacerbación del consumo alentado por el crédito fácil, la publicidad y la acción multiplicadora de los *mass media*) le sobrevino el *crack* de Wall Street en Estados Unidos, con un devastador impacto económico global en las economías de mercado, al mismo tiempo que se consolidaba la revolución mundial comunista con la Unión Soviética de Stalin. Y tanto el “temor rojo” socialista, como la crisis de las democracias liberales llevaron a Europa a ensayar un difícil proceso de reconstrucción, cuya resultante fue el surgimiento de un nuevo fenómeno político, caracterizado por el autoritarismo, el cercenamiento de las garantías y libertades individuales, y la discriminación violenta de las personas, sea por su condición racial, ideológica o religiosa. En base a una concepción del Estado corporativo, los fascismos nazi-fascistas se consolidaron y su expansionismo provocó la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) (Hobsbawm, 1995; Bobbio, 2000; Bejar, 2013).

Si bien fue por circunstancias distintas, tanto Wall Street como la guerra marcaron al joven Enrique Shaw. En cuanto a la debacle del capitalismo, la caída de la Bolsa impactó negativamente en las finanzas de la firma familiar Tornquist donde el padre de Enrique, Alejandro Shaw, tenía un puesto importante. La decisión del viudo fue llevarse a sus dos hijos a Nueva York, para probar mejor suerte en el banco *Manufacturer Trust Company* (Gilabert, 2003a; 2003b). Enrique y su hermano regresaron al país en 1932 para ser educados en el Colegio La Salle de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, mientras que Alejandro Shaw permaneció en Estados Unidos, siendo testigo de la lenta reconstrucción de la economía americana, ocurrida a partir del *New Deal* aplicado por el presidente demócrata Franklin D. Roosevelt.

La Segunda Guerra lo encontraría a Enrique Shaw como oficial de la Armada Argentina. En enero de 1936 se había incorporado como cadete para estudiar en la Escuela Naval de Río Santiago (Ensenada, localidad cercana a La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires) y en 1944, cuando el gobierno de facto argentino rompió relaciones con el *Eje* Roma-Berlín-Tokio (Potash, 1971; 1994), Enrique Shaw se embarcó para patrullar la costa atlántica argentina en el rastreador de minas *Bouchard*. Para ese entonces, Shaw se había casado con Cecilia Bunge y luego del nacimiento del primero de sus nueve hijos, decidió pedir la baja de la Fuerza y comenzó su “transformación en empresario”. En mayo de 1945 dejó la Marina con el cargo de Teniente de Fragata (Shaw, 2015: 16).

La inmediata posguerra también marcó la *praxis* solidaria de Shaw, ya que organizó activamente la ayuda que la Iglesia argentina destinó para socorrer a una Europa hambrienta y desbastada por la contienda bélica (Shaw, 2015: 133). En esa tarea –una suerte de *Plan Marshall* católico a pedido del Papa Pío XII– Shaw se reunió con otros exponentes valiosos del pensamiento y de la gestión socialcristiana, como Julio Steverlynck, Jorge Pérez Companc, Hernando Campos Menéndez y otros. Alguno de ellos encarnaría, con modalidades diferentes, experiencias creativas para vivir la Doctrina Social de la Iglesia en el mundo del trabajo y de la producción, siendo pioneros del modelo de gestión “anclado” en los valores evangélicos (Ceva, 2010). El clamor papal a los cardenales Santiago Copello, arzobispo de Buenos Aires y Antonio Caggiano, obispo de Rosario, informando sobre la dramática situación de la posguerra en Europa (Shaw, 2015: 323) y pidiendo la colaboración de los argentinos (ropa, alimentos y medicamentos) estimuló el papel de *manager* de Shaw, dentro de la Acción Católica como responsable

de la Subcomisión de Industriales y Comerciantes de la “Comisión Arquidiócesana Pro Ayuda a Europa”, donde Enrique Shaw participó como secretario honorario.

2. La Argentina de Shaw

La historia de la Argentina que transitó Shaw en su vida adulta –entre 1940 y 1962– es compleja, violenta, descarnada, contradictoria, caracterizada por Llach y Gerchunoff (2010) como “el ciclo de la ilusión y el desencanto”. Shaw se desempeñó en un país que se creía “condenado al éxito”, a ser “el granero del mundo”, sostenido en condiciones naturales excepcionales, en la altísima productividad por hectárea de la pampa húmeda, con recursos claves en su subsuelo y en su plataforma marítima, con una baja densidad de población (aunque mal distribuida), altamente calificada por el acceso a una educación pública de calidad e inclusiva del flujo inmigratorio que consolidó su *ethos*; una nación con una enorme riqueza cultural reconocida mundialmente pero que desde el golpe de Estado de 1930 (en contra de la segunda presidencia del radical Hipólito Yrigoyen) se viera sometida a una visceral debilidad institucional, donde el respeto a la Constitución y a las instituciones de la República quedaron desvirtuadas en gobiernos que se arrogaban la potestad de desconocer –con excusas diversas– el Estado de Derecho.

En una somera descripción del período 1930-1962 se puede vislumbrar que solo dos presidentes (cuestionados ambos por vastos sectores por ser exponentes de una “democracia formal” pero no real) completaron el período de seis años que marcaba la Carta Magna. El primero fue Agustín P. Justo, el representante de la *Concordancia* (una alianza de partidos con predominio conservador), que llegó al poder y lo mantuvo mediante el fraude electoral entre 1932-1938. El segundo mandatario fue Juan Domingo Perón en su primera presidencia de 1946-1952, arquitecto de un movimiento nacional-populista (el justicialismo o peronismo), quien en pos de constituir una “nación socialmente justa, políticamente soberana y económicamente independiente” (como rezaba el Preámbulo de la Constitución peronista de 1949, que sustituía a la Constitución originaria de 1853) recurrió a la persecución de la oposición en su segundo mandato (Shaw y algunos empresarios católicos fueron víctimas de la misma). Ningún otro presidente democrático (o “semi-democrático” como el gobierno fraudulento de Ramón S. Castillo, 1940-1943 o con una democracia parcialmente construida por la proscripción del peronismo, como Arturo Frondizi, 1958-1962) finalizó su mandato en esos 32 años, contabilizándose tres golpes de Estado y sus consiguientes gobiernos de facto: 1943-1945; 1955-1958 y 1962-1963. Esa

inestabilidad política repercutió, obviamente, en una inestabilidad económica, que hacía imposible establecer reglas claras para la inversión y la producción (factores claves en la lógica empresarial). En el lapso 1930-1962 Argentina tuvo cuarenta y tres ministros de Economía (entre Ministros de Hacienda y Agricultura como se subdividía el cargo en esos años), con algunos gobiernos que marcaron récords extraordinarios, como el interregno de José María Guido (1962-1963) que solo duró un año y tuvo 5 ministros.

Ahora bien, en este apartado conviene desagregar el período 1940-1962 en pos de lograr una mayor comprensión de *la Argentina de Shaw*, entendida en clave de complejidad y sin escapar a ciertas sutilezas hermenéuticas. Para ello, subdividiremos ese lapso en cuatro etapas simbólicas para Shaw:

- a. Su estancia en la Marina en el contexto de la Segunda Guerra y el rol de esa fuerza dentro de las Fuerzas Armadas.
- b. La irrupción del peronismo y el viraje de la consideración del mismo Perón hacia la Doctrina Social de la Iglesia y frente al surgimiento de organizaciones obreras y empresariales católicas.
- c. La mirada de la denominada “Revolución Libertadora” sobre la gestión humanista de Shaw y de ACDE (Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas).
- d. La visión y la acción pro-desarrollista en clave socialcristiana de Enrique Shaw (en consonancia con otros pioneros como Francisco Valsecchi y Oreste Popescu)

a. Fuerzas Armadas y política en Argentina

El historiador Robert Potash (1971) –en un estudio clásico que recoge las complejas relaciones entre las Fuerzas Armadas y la política– describe con profundidad la identidad militar desde que el general José Félix Uriburu y sus compañeros de fuerzas decidieron sacar con un Golpe de Estado al presidente Yigoyen en 1930, originando un fenómeno político que los analistas denominaron el surgimiento de un “partido militar” (Floria & García Belsunce, 2009: 808-809; Rouquieu, 1982). El Ejército como la fuerza de mayor peso dentro de las Fuerzas Armadas, educada en el respeto verticalista del modelo prusiano, consideró que el presidente radical se estaba entrometiendo en exceso dentro de la lógica castrense (aun cuando la Constitución señala que el primer mandatario es el Comandante en Jefe de las FFAA) y consideró inadmisibles ciertas disposiciones del Ejecutivo (como el recorte presupuestario y la política de promociones y ascensos en la

institución). La crítica a Yrigoyen se sintetizaba en una frase: “ni obsecuencia ni servilismo en el militar” (Floria & García Belsunce, 2009: 804) y ese fue el preludio a la revolución del 6 de setiembre de 1930.

Ahora bien, el cuadro de situación era más complejo si se tiene en cuenta las tensiones entre el “poder militar y el poder ideológico”. Dentro del Ejército, la disyuntiva se dio entre el proyecto corporativista que encarnaba el general Uriburu –simpatizante de modelos exitosos en ese momento como los de Primo de Rivera en España y Benito Mussolini en Italia (Floria & García Belsunce, 2009: 804)– y la propuesta de restauración conservadora de una “república formal” (con control de la sucesión presidencial) que defendía el general Agustín P. Justo. Dicha tensión se sostenía, a su vez, en un contexto ideológico muy marcado en la entreguerra con el peso que fue adquiriendo el llamado nacionalismo “de derecha” y su identificación con el militarismo. Y si bien, como señalan los estudiosos del fenómeno nacionalista argentino (Devoto, 2002), no había una sola versión del mismo, ya que tampoco era una mera copia de los nacionalismos europeos, este se podría caracterizar como antiliberal, crítico a la legitimidad constitucional de la democracia de masas (la “hora de la espada” según pregonaba Leopoldo Lugones para combatir la demagogia popular), revisionista histórico e hispanista. En cuanto a la identificación con la “nación católica” (Zanatta Loris, 1999) esa mirada amerita ciertos matices. Muchos sostienen que Charles Maurras fue uno de los referentes de ese nacionalismo vernáculo aristocratizante y reaccionario, que ideaba un orden político perfecto, para el cual la Iglesia debía tener un rol preponderante. Sin embargo, la condena pública que la Iglesia hizo de ciertas obras de Maurras se entendía por su pretensión de construir un “clericalismo sin Dios” (Floria & García Belsunce, 2009: 809). Aun así, muchos sectores del clero y del laicado prefirieron ese esquema de identidad del “ser nacional católico” como barrera de contención frente al racionalismo-laicista y al anticlericalismo liberal y su *alter ego* del ateísmo revolucionario de las corrientes libertarias de la izquierda internacionalista.

Asimismo, las Fuerzas Armadas no deben ser concebidas como un bloque homogéneo, ya sea desde el punto de vista ideológico como desde el plano de su lógica organizacional. En ellas coexistían sectores liberales y antiliberales, laicistas y clericalistas. Pero también se experimentó un roce entre la “visión política” del nuevo papel que les cabía a los militares en el escenario institucional argentino y una mirada más “profesionalista” castrense, que le asignaba un rol más activo en el proceso de modernización de las Fuerzas y de industrialización de la economía nacional (cuyo primer

gran referente fue el General Mosconi como promotor de la explotación petrolera bajo una empresa estatal YPF). Y también es necesario distinguir entre el accionar del Ejército –como la fuerza que marcaría la tradición y el mando– de la Marina, mas asociada a esa mirada más profesional y modernizadora y más “neutra” en su injerencia política en los primeros años (eso fue relativamente sostenido solo hasta los conflictos en los gobiernos de Perón y en el Golpe de 1955).

El ingreso de un adolescente Enrique Shaw a la Escuela Naval Militar de Río Santiago en 1936 estuvo enmarcado en la búsqueda de la excelencia académica y para forjar su carácter, más que para tener un futuro en la Armada. Ese rasgo era muy extendido en muchos jóvenes que estudiaban en la Escuela como una estrategia de pertenencia a cierto grupo de camaradería y de formación, a diferencia de la experiencia de otros jóvenes que no optaban por ingresar al Colegio Militar o a la Escuela Superior de Guerra pero que igualmente recibieron instrucción militar en el Ejército por el servicio militar obligatorio (según lo establecía la Constitución). La enseñanza de la Escuela Naval era muy rigurosa, ya que los profesores de la Escuela eran profesores de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de La Plata y el conocimiento que se impartía era equivalente al conocimiento de nivel terciario universitario. Como parte de una educación de calidad, en 1945 junto a dos compañeros, la Marina envió a Shaw (que ya era teniente de fragata) a EE.UU. a estudiar Meteorología en la Universidad Estatal de Chicago por dos años. En definitiva, para Shaw su estadía en la Armada no le imprimió un sesgo autoritario, sino que fue el despertar de su sentido como *manager*, ya que en la Escuela Naval lo que Enrique Shaw aprendió fue la organización y cuidar al personal, donde la disciplina no era en base al miedo sino a la confianza.

Pero el hecho más extraordinario que marcó el paso de Enrique Shaw por la Escuela Naval fue su conversión personal. En el contexto solitario de los viajes y del silencio introspectivo, Shaw comenzó a ampliar sus lecturas de las Sagradas Escrituras, de la vida y el testimonio de los Padres de la Iglesia y de descubrir la Doctrina Social de la Iglesia. El reconocía que la sensibilidad para desplegar su mirada humanista y cristiana (que luego extendería en su rol empresarial) la había tomado en 1945 conversando con dos sacerdotes franco-canadienses, en un viaje a Estados Unidos ordenado por la Marina. Estos curas eran asesores de la JOC (Juventud Obrera Católica, la obra del Canónigo Cardjin) (Shaw, 2015: 61, cita 55). Este contacto afianzó su deseo de dedicarse al trabajo apostólico en el mundo del trabajo (Shaw, 2015: 62, cita 58).

b. La irrupción del peronismo y su impacto en la vida de Shaw

Para intentar una somera comprensión del ascenso de Juan Perón y de la formación del movimiento peronista, el politólogo Steven Levitsky sugiere las siguientes claves hermenéuticas:

Desde su fundación, el partido justicialista fue un partido de masas y laborista (*labor based*) ya que su núcleo constitutivo fueron los trabajadores organizados (sindicalizados). En contraste con otros partidos laboristas europeos, el peronismo tuvo una génesis populista, con su “momento fundacional mítico” del 17 de octubre de 1945 cuando las masas de trabajadores pidieron en la Plaza de Mayo, frente a la Casa de Gobierno, la liberación de Perón, en un episodio festejado desde entonces como el “Día de la lealtad”. Al ser creado desde abajo por un líder fuertemente personalista, como partido no desarrolló una organización disciplinada y jerárquica, ya que Perón constantemente frustró cualquier esfuerzo por establecer un *set de reglas de juego* al interior del partido, tanto en sus primeras presidencias como en su largo exilio posterior a 1955.

Para Levitsky, el peronismo puede ser caracterizado por su heterogeneidad, su eclecticismo ideológico y por su maleabilidad. Si bien el peronismo nunca fue un “partido puramente de clase” como los partidos de la izquierda tradicional, se presentó en Argentina como “el partido de los pobres” y en cada elección desde 1946 tuvo amplia mayoría electoral entre las clases obreras y sectores medios-bajos y apoyado inicialmente por la Iglesia. Más allá de algunas diferencias internas, el peronismo compartió cierta aversión al capitalismo de libre mercado y sostuvo un modelo de desarrollo guiado por la intervención estatal, con la promoción industrial y la nacionalización de ciertos rubros estratégicos.

Finalmente, el discurso justicialista de la primera presidencia (1946-1952) recogió la impronta socialcristiana, especialmente las categorías de Jacques Maritain del humanismo cristiano. Según el propio Perón “[...] el justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humanista [...]” (Perón, 2006: 15).

Ahora bien, en su relación con la Iglesia y con los ciudadanos católicos prácticos, se debe marcar un profundo *clivaje* –fractura– entre el primer (1946-1952) y el segundo gobierno de Perón (1952 al Golpe de 1955), pues se pasó de una primera etapa de cierta simpatía y adhesión, a un violento enfrentamiento que ocasionó represión, cárcel (como la sufrida por Enrique

Shaw y otros quince miembros de la Acción Católica) y muertes. Conviene, pues, desagregar algunas de las características particulares de un fenómeno complejo.

La Iglesia Católica en el primer gobierno de Perón

Resultó significativo el apoyo implícito que la Iglesia le brindó a Perón en el marco de la contienda pre-electoral de 1945, ya que luego de tres años de gobierno de facto se celebraron elecciones libres (no fraudulentas), las que debían ungir a un Presidente argentino para el período 1946-1952. La polarización entre el candidato oficialista (Juan Domingo Perón y Juan Hortensio Quijano) y la coalición de partidos opositores bajo el nombre de *Unión Democrática* (con el binomio José Tamborini y Enrique Mosca) encabezada por la Unión Cívica Radical, junto a los socialistas, los demócratas-progresistas y los comunistas, llevó a la población a definirse electoralmente en una suerte de plebiscito. Las opciones simbólicas para el voto eran entre votar a Perón –un militar nacionalista, corporativista, con apoyo popular– o a una alianza heterogénea de partidos que esgrimían ser los representantes de la Constitución y de la democracia frente al “fascismo peronista”. Dos opiniones fueron decisivas en ese escenario polarizado: la del embajador norteamericano en Argentina (*Spruille Braden*) y la del Episcopado argentino. El primero sugirió que votar a Perón era inclinarse por un candidato antidemocrático, en un contexto en el que los totalitarismos nazi-fascistas habían sido vencidos por los Aliados. Hábilmente se armó la campaña con el slogan *Braden o Perón*, donde Perón era el representante del nacionalismo frente al imperialismo norteamericano.

El Episcopado, por su parte, desplegó desde noviembre de 1945 una pastoral cívica donde se invitaba a los católicos a no votar a candidatos o partidos que promovieran la escuela laica y el divorcio vincular. Indirectamente estaba sugiriendo que no se votara a los socialistas y comunistas, que integraban la Unión Democrática. Esa suerte de alianza – más o menos explícita– entre el primer peronismo y la Iglesia se sostuvo en la identificación de las políticas sociales de Perón (“la justicia social”) con los tradicionales postulados de la Doctrina Social de la Iglesia. Una expresión clara de ese encuentro programático se encontraba en el principio del constitucionalismo social de la Constitución reformada en 1949 (la “Constitución peronista”) que reemplazaba al constitucionalismo liberal de la Carta Magna original. En dicha Constitución se podían señalar algunas cosmovisiones coincidentes que permitían entender la unión entre Episcopado y gobierno justicialista. Solo a modo de ejemplo, se rescatan

textualmente los siguientes principios inscriptos en dicha Constitución (Constitución de la Nación Argentina de 1949, 1950):

- “*El Hombre*: tiene un fin espiritual que debe cumplir, debe reconocérsele la dignidad humana. Vive en sociedad y tiene libertad individual” (Constitución de la Nación Argentina de 1949, 1950: 10).
- “*La familia*: es la primera célula del organismo social; tiene necesidades que hay que contemplar legislando sus derechos”.
- “*El trabajo*: es toda actividad vital de la persona humana; debe ser rodeado de comodidad e higiene y debe posibilitar una vida digna al trabajador. El Estado debe regular las relaciones entre el capital y el trabajo”.
- “*La justicia social*: la justicia es la base en las relaciones recíprocas de los grupos sociales”.
- “*La propiedad privada*: el hombre tiene el derecho natural de apropiarse de los frutos de su trabajo y de su ahorro pero tiene prioridad el derecho de todos sobre el derecho de cada uno. La propiedad privada tiene una doble misión: social e individual”.
- “*Educación*: la educación de los hijos es un deber de los padres”.
- “*La ancianidad y la niñez*: la sociedad garantizará una vejez tranquila y ayudará al niño que es el hombre del mañana”. (Constitución de la Nación Argentina de 1949, 1950: 10).

Resultaba evidente que ningún católico podría estar en contra, *a priori*, de estos principios generales, aun cuando en su aplicación y en su intento de “peronizarlos” haya generado la ruptura posterior entre Perón y la Iglesia.

La ruptura entre la Iglesia Católica y el segundo gobierno de Perón

Si dudas, las causas de la ruptura entre Perón y la Iglesia son complejas y se yuxtaponen diversas variables. A partir de la reelección presidencial consecutiva en 1952 (mediante una cláusula política que agregó la Constitución del ‘49, ya que anteriormente el Presidente debía dejar pasar un período de seis años para ser reelecto) el poder de Perón y de su segunda esposa, Eva Duarte, se combinó en una verdadero “gobierno bicéfalo” que tiñó de peronismo todo cuanto se decidía o se creaba. Cualquier innovación solo era permitida si salía con el “sello peronista” pues el matrimonio gobernante creía encarnar “un tiempo nuevo y un hombre nuevo”. Ese afán por no reconocer filiaciones o antecedentes previos a la irrupción del

justicialismo hizo que cualquier medida social no generada en el seno del gobierno fuera ignorada o, en el peor de los casos, reprimida.

Fue a partir del segundo mandato (1952-1955) y de la muerte prematura de Evita cuando se radicalizaron las posiciones entre Perón y la Iglesia en varios frentes. Perón creía ver en el accionar de los laicos comprometidos con la cuestión social, un competidor indeseable para su régimen. El pueblo argentino, en especial los trabajadores y los pobres, “eran peronistas” y solo del gobierno podían salir las soluciones a sus potenciales problemas. Solo el Estado y sus organismos (el Ministerio de Trabajo y Previsión, los tribunales laborales o la Fundación “Eva Duarte” como una suerte de Secretaría de Acción Social) eran los interlocutores válidos en las relaciones entre el capital y el trabajo, dentro del modelo corporativista de la llamada “comunidad organizada”. La tradicional acción social de la Iglesia – que recogía el mandato magisterial de los Papas desde la Encíclica *Rerum Novarum* de León XII (1891) hasta la *Quadragesimo anno*, de Pío XI (1931) – no podía ser aceptada como una mirada válida. Y así como Perón “le había robado” a los partidos de izquierda al proletariado (“sujeto revolucionario de la historia”) creando un movimiento nacional y popular, el líder justicialista creía ver en el accionar social de los católicos (a través de instituciones como la Acción Católica, la Juventud Obrera Católica o la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas) un enemigo potencial que le quería “sustraer” al pueblo peronista. El mundo del trabajo, las relaciones interpersonales, la profesión pública de la fe y la educación fueron escenarios de la puja entre el gobierno y la Iglesia.

En el capítulo tres de *La fuerza es el derecho de las bestias*, un escrito de Perón en su exilio (luego del Golpe de 1955 que lo derrocara), cuya primera edición fue publicada en marzo de 1956, el General repasaba la cuestión clerical. Este fue un punto muy sensible que Perón manejó con un dejo de soberbia, al querer reemplazar las convicciones religiosas en vastos sectores de la población por una suerte de *religiosidad justicialista*, anclada paradójicamente en la tradición social-cristiana.

El peronismo es un movimiento cristiano no tanto dogmático como doctrinario. Pensamos que el dogma es obra de los hombres, en tanto que la doctrina es obra de Dios. Por eso practicamos la doctrina, aun cuando el rito no nos interese tanto como algunos quisieran. Somos cristianos. No hacemos como si fuésemos cristianos. Somos cristianos en las obras, no en las “demostraciones”. Tratamos de estar cerca de Dios sin interesarnos de estar vecinos de los que explotan su santo nombre. Por eso no nos interesan las sanciones de los hombres que no

nos llegan al alma. Esperamos las verdaderas sanciones que serán iguales para ellos que para nosotros (Perón, 2006: 61).

Esta afirmación no se correspondía con los oficios que Perón realizara durante su primera presidencia, donde aseguraba su correspondencia con los principios de la doctrina social cristiana. También apeló a una dicotomía polarizante entre Iglesia jerárquica “gorila” (como se denominaba discursivamente a los anti-peronistas, siguiendo una larga tradición argentina de *zoologismo político*) vs Iglesia “popular”.

Legitimaba, de este modo, el ataque a la Acción Católica, a los círculos obreros, a ACDE y al intento de crear un partido Demócrata Cristiano, a quienes signaba como responsables de verdaderos actos “subversivos” al orden justicialista. Además, a Perón le irritó que se formaran círculos obreros, profesionales o empresarios católicos que pudiera competir con las organizaciones peronistas, ya que consideraba que esa intromisión era una maniobra desestabilizadora “de los curas que no respeten el darle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Perón, 2006: 62). Su indignación en muchos casos fue entendible por el accionar de algunos grupos eclesiásticos en su contra, apoyando muchos de ellos al Golpe de 1955.

En un contexto donde la polarización peronismo-antiperonismo había calado hondo en la vida cotidiana de los argentinos (Caimari, 1995), las medidas que radicalizaron las relaciones entre el Gobierno y la Iglesia fueron en:

- *Educación*: fue muy pronunciado el cambio entre el primer gobierno, donde Perón ratificó el Decreto del gobierno militar del 31 de diciembre de 1943 (por una ley de 1947) que permitía la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, al segundo mandato, donde el enfrentamiento con la Iglesia tuvo como epicentro los contenidos escolares (en una suerte de deificación de las figuras del líder y su difunta esposa: “Santa Evita”), con las críticas a la Acción Católica advirtiendo a los padres sobre los riesgos de que sus hijos participaran de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y por la concepción peronista de la religión en los textos escolares, llamada “cristiana” pero nunca “católica”. En 1955 se completó el cuadro de situación cuando se cerró la Dirección y la Inspección General de Enseñanza Religiosa, se suspendieron los subsidios estatales a los colegios católicos, con cesantías de docentes y con la derogación de la enseñanza religiosa.

- *Moral pública*: en la segunda presidencia se aprobó la ley de divorcio y la de profilaxis, que legalizaba la prostitución.
- *Manifestación pública de la fe*: en un clima enrarecido por acusaciones mutuas entre el gobierno y el Episcopado, se prohibieron las reuniones religiosas públicas, se declaró a la Acción Católica (ACA) como “una institución sospechosa de conspiración” y se vigilaron las actividades del clero (que por precaución no vestía con sotanas en espacios públicos). El epicentro de la escalada de intolerancia se dio el sábado 11 de junio de 1955 durante la procesión de la solemnidad del Corpus Christi. Se desataron en los días sucesivos graves incidentes, iniciados con la toma de la Catedral metropolitana, la detención de militantes católicos y la de sacerdotes, la expulsión de algunos clérigos y la clausura de locales de la ACA. La reacción violenta del anti-peronismo se expresó el 16 de junio de 1955, cuando una escuadrilla aeronaval bombardeó la Casa Rosada y la Plaza de Mayo llena de manifestantes que apoyaban a Perón. Esa misma noche, militantes del peronismo quemaron la Curia y varios templos del centro de Buenos Aires.
- *Existencia de organizaciones empresariales y obreras no peronistas*: tanto los Círculos Obreros Católicos y su presencia específica en la JOC (Juventud Obrera Católica) que recogían desde fines del siglo XIX la riquísima tradición socialcristiana –emanada de las denominadas “Encíclicas sociales” de la DSI– en defensa de los derechos de los trabajadores, como su expresión “patronal” que entendía la necesidad de que existieran empresarios que sintetizaran eficiencia productiva con una mirada humanista hacia los obreros, encarnada en la creación de ACDE en 1952, fueron vistas con recelo por el modelo corporativo peronista, que imponía un solo interlocutor por cada sector social (o corporación). Así quedó establecido por la Ley de Asociaciones Profesionales que suponía un sindicato por rama de actividad (el cual era aceptado por el gobierno). Por ello, cualquier otra representación sectorial era “ilegal” y en esa franja entraban los “sindicatos o círculos de obreros católicos”.
- Pasaba lo mismo con las instituciones de representación empresarial. Perón había intervenido a la Unión Industrial Argentina en mayo de 1946, acusando a sus dirigentes de: a) haber financiado la campaña electoral de la Unión Democrática; b) identificar a la UIA (creada en 1887)³ con aquellos empresarios que no defendían el “interés nacional” y que eran representantes de los intereses foráneos. Por ello el líder justicialista alentó la formación de la Confederación

General Económica (CGE) en 1953 –con José B. Gelbard como presidente– como expresión del empresariado nacional del modelo sustitutivo de importaciones. Por lo tanto, si había algo que no se podía hacer en esa época era fundar una asociación católica y empresaria. Eso explica por qué la creación de ACDE (fundada en Buenos Aires el 3 de diciembre de 1952 que tenía entre sus objetivos hacer conocer la Doctrina Social de la Iglesia) terminó con Enrique Shaw y muchos de sus compañeros en la cárcel por unos días en 1955.

c. La mirada de la “Revolución Libertadora” sobre la gestión humanista de Shaw y de ACDE

Cuando en setiembre de 1955 se produjo el Golpe de Estado que terminó con el segundo gobierno constitucional de Perón, se produjo un quiebre muy sensible en las Fuerzas Armadas. La autodenominada “Revolución Libertadora” que se atribuía haber “liberado” a la Argentina de la “dictadura peronista” presentó dos caras muy contrapuestas. Por un lado, se encontraba el General Eduardo Lonardi –al mando del levantamiento militar, apoyado por sectores del nacionalismo católico– quien proponía una política de pacificación que terminara con el clivaje peronismo-anti-peronismo, con su famosa expresión “ni vencedores ni vencidos” (que parafraseaba la frase atribuida al General Urquiza cuando derrotó a Rosas en 1852 e inició el proyecto de organización constitucional del país). Por otro lado, el General Pedro Aramburu (Ejército) y el Almirante Isaac Rojas (Marina) –más liberales y más antiperonistas– quienes reemplazaron a Lonardi (un “golpe” dentro del Golpe) constituyeron el ala más violenta e intolerante a cualquier diálogo con el régimen depuesto.

A ellos les cupo la política de *desperonización*, con las siguientes medidas: a) intervención de la CGT y los sindicatos y de la CGE (reabriendo la UIA); b) proscripción del partido peronista, inhabilitación para ejercer cargos públicos y cárcel a quienes desplegaran propaganda peronista y/o nombraran siquiera a Perón o a Evita (Decreto 4161/56); c) desaparición del cadáver de Eva (enterrado en Italia); d) fusilamiento a militares (el General Juan José Valle) y civiles (en la localidad de León Suárez) que intentaron una suerte de contrarrevolución para reinstalar nuevamente a Perón; e) destrucción de todos los organismos estatales que recordaban la política peronista (desde el cambio de nombres de las calles o el desmantelamiento de los organismos de regulación de la política económica. El ejemplo más evidente fue el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio: IAPI).

En ese contexto puede resultar sugerente que ciertos sectores de la Marina tuvieran una mirada de recelo hacia la gestión empresarial humanista de Shaw y de ACDE. Este dato resulta *a priori* paradójico habiendo sido Shaw formado en la Escuela Naval (y por ello parte de la Marina argentina hasta que pidió su baja). Sin embargo, no le resultó a Shaw demasiado extraña la situación atendiendo al hecho de existían algunas diferencias entre las Fuerzas Armadas (Ejército y Marina). Las mismas se presentaban en dos frentes: la relación con el peronismo y la relación con la Iglesia. Tradicionalmente –con matices y excepciones y amén de caer en ciertas simplificaciones– la Marina habría sido de tendencia anticlerical, racionalista y profesionalista (en la experiencia de Enrique Shaw él sufrió algunas burlas como cadete por su fe y por su apostolado cotidiano) (Shaw, 2015: 16-44), mientras que el Ejército estaba más cercano a la Iglesia Católica. Si se recuerda que el propio General Perón como militar del Ejército había tenido vínculos sólidos con la Iglesia (hasta su brutal ruptura), y que el General Lonardi seguía esa línea de respeto a los logros del nacionalismo económico y de la justicia social del peronismo (aun cuando se rebelara contra Perón) no era igual con el Almirante Rojas (como vicepresidente *de facto* del General Aramburu). Este, a través de otro marino, el Capitán de Navío Francisco Manrique se había opuesto a la adquisición del Grupo *Haynes* por empresarios católicos (con su red de radios en todo el país, sus numerosas revistas y el diario “El Mundo”). Según el testimonio de un empresario de ACDE (Shaw, 2015: 360), Manrique logró desplazarlos de ese escenario de gestión. El problema práctico era que el grupo católico había comprado la empresa, pero sólo disponía de los órganos de prensa; la cadena de Radio “El Mundo” era administrada por una intervención oficial y las pérdidas que arrojaba su deficiente administración eran soportadas por la empresa. De esta manera, la situación era insostenible y fue este el instrumento que utilizó Manrique para bloquear sus esfuerzos por imprimir una mirada socialcristiana en el ámbito de los *mass media*.

Sin embargo, para el año 1957 el gobierno de Aramburu-Rojas había decidido una estrategia de transición institucional al convocar a elecciones para febrero de 1958. Había dejado sin efecto a la Constitución “peronista” de 1949, reformando mediante una Convención Constituyente la Carta Magna, con el agregado del artículo 14 bis que sacralizaba los derechos sociales. Ese rango constitucional de los derechos del trabajo, del trabajador y de las empresas vino a satisfacer las tradiciones del socialismo democrático, del peronismo y de la doctrina socialcristiana. Fue entonces que Enrique Shaw y los miembros de ACDE impulsaron los mecanismos de petición para

que el gobierno militar presentara el Decreto-Ley 7913/57 del 23 de julio de ese año 1957 por el cual se implementara en la Argentina las Asignaciones Familiares que ya se aplicaban en Italia. Al respecto y para que su implantación no fuera excesivamente gravosa para el empleador –cosa que los desalentaría a tomar personal con familia numerosa– se ideó la creación de una Caja Compensadora. Para ACDE (y también para la Unión Industrial Argentina, ya que gracias a las gestiones de Shaw incluyó en ese proyecto a todos los empresarios) era clave estimular la producción económica y veía al dirigente de empresa como el propulsor del desarrollo económico. Consideraba que los trabajadores tenían derecho a su promoción económica y también a una participación en los beneficios de la empresa, todo esto como parte de la dignificación plena de los trabajadores (Shaw, 2015: 418, cita 226).

Las asignaciones familiares no se consideran integrantes del salario, por lo cual no estaban sujetas a aportes jubilatorios ni a descuentos por impuestos a los réditos, no se tenían en cuenta para el pago de aguinaldos ni para indemnización por despido o accidentes y son inembargables. Los fondos compensadores para el pago de las asignaciones familiares se formaban con aportes obligatorios mensuales a cargo de los empresarios y eran éstos los que luego pagaban las asignaciones (Shaw, 2015: 419).

La pasión humanista de Shaw lo llevó a presentar en la Comisión de Estudios Económicos y Fomento Industrial de la UIA un informe sobre salario familiar en sus aspectos técnicos y estadísticos y a calcular que

la asignación por hijo menor de 15 años debe ser de \$150 y explica el cálculo que realiza para llegar a esa cifra. Propone la creación de un Fondo de Compensación de Asignaciones Familiares, mediante el 5% de lo que los empleadores aporten a las Cajas de Jubilaciones. De dicho fondo saldrán las asignaciones de \$150 por cada hijo menor de 15 años, asignaciones que serán intransferibles e inembargables. En los fundamentos del informe, Enrique explica cómo en ese momento dar un aumento general de salarios generaría inflación. En cambio, implantar las asignaciones familiares sería algo direccionado especialmente a aquellos que más lo necesitan por tener hijos a cargo. Para fundamentar su proyecto hace un análisis de la población para ver cuántos serían los beneficiarios y los recursos a emplear (Shaw, 2015: 420).

Una vez promulgados los decretos que implantaron las asignaciones familiares, el Secretariado Central Económico Social de la Acción Católica Argentina envió una carta al Presidente Provisional de la Nación, Gral. Pedro E. Aramburu para felicitar al gobierno por la implantación del régimen de asignaciones familiares para los empleados y obreros de la industria y el

comercio. Se destaca allí la prédica que la Acción Católica había venido realizando desde su creación en 1934 en pos del postulado cristiano del salario familiar, por lo cual considera que ha contribuido a la realización de dicha iniciativa (Shaw, 2015: 421, cita 240).

d. La visión y la acción pro- desarrollista en clave socialcristiana de Enrique Shaw

El “desarrollismo” surgió como un proyecto de política económica dentro de un sector de intelectuales y políticos que alcanzó amplia difusión (especialmente en los llamados “países periféricos”) durante las décadas de 1950 y 1960. El notable auge económico de posguerra y la división bipolar del mundo de la Guerra Fría, introdujo la posibilidad de la transformación de las estructuras económicas de los países “en vías de desarrollo”. Pero crecimiento y desarrollo no tenían el mismo significado para todos los que lo empleaban. Los llamados “desarrollistas” –el presidente Arturo Frondizi (1958-1962) y su asesor Rogelio Frigerio en Argentina; el presidente Juscelino Kubitschek (1955-1960) y su asesor Helio Jaguaribe en Brasil– afirmaban que el desarrollo implicaba que la industria pesada les aseguraría a estas naciones un lugar entre los países más poderosos del planeta (García Bossio, 2014: 7).

El carácter multiforme del concepto de desarrollo generó diversas aproximaciones conceptuales. El punto de partida demostró un origen creativo y complejo del concepto de desarrollo (*development*) como categoría conceptual clara y distinta de sus antecedentes dentro del marco de la economía política: la riqueza (*wealth*) y el crecimiento económico (*growth*). La mayoría de los analistas parecen aceptar que su origen se centró en el estudio del economista argentino Raúl Prebisch titulado *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (Santiago de Chile, 1949) en el marco de una de las oficinas de las Naciones Unidas, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dando origen al estructuralismo latinoamericano.

Los abordajes teóricos de los “padres del desarrollo” fueron extremadamente sugerentes y marcaron verdaderas *matrices hermenéuticas* para los sectores intelectuales y para alguno de los gobiernos de aquellas naciones que debían encarar el desafío del desarrollo; esos son los casos de Walt W. Rostow y su provocadora imagen de *take off* en el marco de un desarrollo concebido “por etapas” (*The stages of economic growth*, Nueva York, 1952) o las explicaciones de Albert Hirschman (*La estrategia del desarrollo económico*, 1958). Un impacto analítico muy marcado lo

constituyó el cúmulo de teorías sobre el “círculo vicioso de la pobreza”, especialmente el pensamiento de Ragnar Nurkse (*Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados*, México, 1957). La mera noción de una suerte de telaraña que envolvía en sus hilos a las posibilidades de crecimiento de muchas naciones se convirtió en una idea que las sumía en la desesperanza sobre un destino fatalmente preestablecido (“Los países pobres son pobres...porque son pobres”, según rezaba el aforismo de Nurkse) o las impulsaba a la búsqueda de soluciones estructurales y revolucionarias. El principio de “causación circular acumulativa” del Premio Nobel Gunnar Myrdal (*Economic theory and under developed regions*, Londres, 1957) complementaba los análisis sobre el (sub) desarrollo, junto con las tesis de Bert Hoselitz (*The progress of underdeveloped areas*, Chicago, 1952), Simon Kutznets (“Medición del desarrollo económico”, *El Trimestre Económico*, enero-marzo, México, 1958) o sir William Arthur Lewis (*The theory of economic growth*, Londres, 1955).

Sin embargo se puede hablar de una vía desarrollista socialcristiana, que desde el abordaje del “humanismo integral” (título de la obra cumbre del filósofo francés Jacques Maritain (1941)) vio la luz en los círculos cristianos europeos –con evidente impacto en las esferas vaticanas– y que tuvo una vasta recepción en ciertos grupos católicos argentinos preocupados por la “cuestión social”. Esta segunda vía genética hacía referencia a una raíz cristiana de las dos categorías esenciales del modelo: la “integración” como precondition para el “desarrollo” de una economía, que no estuviera restringida al reduccionismo antropológico del *homo oeconomicus* neoclásico ni a las categorías deterministas del marxismo. Es decir una economía que compatibilizara el crecimiento de las fuerzas productivas con mecanismos de equidad e inclusión social a partir de los presupuestos humanistas y trascendentes de la “persona humana”, un concepto y una expresión vital claramente descrita en el Magisterio Social de la Iglesia.

Los estudios de Emanuel De Kadt (2007) consideran algunas aplicaciones políticas e ideológicas de la ética social católica durante los años de transición que van desde León XIII (1878-1903) a Juan XXIII (1958-1963). Revisando las obras y las influencias doctrinarias de cuatro escritores franceses sobre la intelectualidad en América del Sur, el investigador destaca a Charles Maurras, además de los citados Maritain, Emmanuel Mounier y el fraile dominico Louis Joseph. Estos cuatro pensadores representarían, según su visión, aquellas ideas que se entrelazaban por su rechazo común al capitalismo como sistema (debido a que lo condenan moralmente) y a las

propuestas de otras alternativas ideológicas como el socialismo (a las cuales consideran igualmente utópicas). A ellos cabría agregarle al economista François Perroux, quien se encontraría en el horizonte tanto de las explicaciones “laicas” como “eclesiásticas” del desarrollo, siempre entendiendo a este como un concepto más amplio, complejo y dinámico que el mero crecimiento económico y el que, casi constitutivamente, demandaría para su cabal comprensión una dimensión multi e interdisciplinaria. También formaba parte de esa vía desarrollista socialcristiana y vaticana Bárbara Ward, como economista y publicista del desarrollo, una pionera del concepto de “desarrollo sustentable por la conservación de los recursos naturales y el medio ambiente” (García Bossio, 2014: 31).

En la Argentina la lectura de la obra de los fundadores del pensamiento socialcristiano pro-desarrollista tuvo algunos centros especiales de reflexión “para la acción apostólica”: la Acción Católica (donde Shaw participó originalmente) y el Centro de Investigación y Acción Social (el CIAS, fundado por la Compañía de Jesús). En nuestro país se pueden identificar al padre Fernando Storni del CIAS y a los economistas Oreste Popescu y Francisco Valsecchi dentro del núcleo intelectual pro-desarrollista (en la naciente Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA), fundada en 1958 de cuyo primer consejo de administración participó Enrique Shaw). La originalidad de sus planteos anticipó en varias décadas al diálogo ecuménico sugerido por el Concilio Vaticano II e intentó desplegar un encuentro “necesario” del Evangelio con la política, con la economía y con la cultura, dado el desafío de interpelar ese espíritu evangélico con los nuevos “signos de los tiempos”.

Caridad y justicia como componentes de la paz. Una cita del doctor Oreste Popescu, permite comprender la problemática del “desarrollo” como una meta perseguida por todos los países luego de la segunda guerra (independientemente de sus orientaciones ideológicas) a partir del siguiente razonamiento:

[...] una economía equilibrada dentro de un mundo rodeado por economías desequilibradas deberá forzosamente terminar en el caos. De modo que el que desea la paz en el mundo [...] deberá encontrar los medios adecuados para amortiguar las discrepancias de riquezas entre los pueblos, ayudando a imprimir a las economías de los pueblos insuficientemente desarrollados un ritmo más rápido y mejor equilibrado [...] –y concluía diciendo– [...] una política del desarrollo, sin una previa teoría del desarrollo es un contrasentido [...] de allí que podemos hablar de proyecciones de desarrollo, siempre y cuando dispongamos tanto de una sólida teoría como de una base estructural de los hechos relevantes en el desarrollo económico [...] (Popescu, 1959: 78 y 82).

Este análisis, realizado en 1959, presentaba una lucidez notable y se anticipaba en varios años a la famosa expresión de Paulo VI en la encíclica *Populorum Progressio*, donde sentenciaba que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”.

Sin embargo, tanto a Enrique Shaw como a otros compañeros de la Acción Católica y empresarios de ACDE se los puede inscribir dentro de un escenario sumamente particular: el de la *praxis desarrollista en clave humanista-cristiana*. Si bien tenían lecturas reflexivas sobre la Doctrina Social, estos pioneros del desarrollo entendían su compromiso cristiano en la acción empresarial, buscando encarnar el mensaje evangélico de dignidad de la persona humana desde una nueva mirada del *management*. No eran académicos, no basaban su gestión en especulaciones teóricas, pero sí se anclaban en el Evangelio y en las ricas tradiciones socialcristianas.

En el caso de Enrique Shaw su mirada sobre el desarrollo se había cimentado en la escucha atenta del mensaje evangélico y del consejo de quienes intentaron vivirlo cotidianamente, para establecer un nuevo tipo de vínculo entre el empresario y los trabajadores. Esa nueva relación entre capital y trabajo (como dos factores de producción clásicos) no era asimétrica para Enrique Shaw, ya que las diferencias “de clase” no eran un obstáculo para él en su afán por respetar la igual dignidad de toda persona frente a los ojos de Dios. En este aspecto y sin proponérselo en forma explícita, Shaw se convirtió en el “tipo ideal” (parafraseando a Max Weber) de empresario desarrollista. Shaw encajaba perfecto en una interpretación del desarrollo “desde abajo”, como presentara Joseph A. Schumpeter –el pionero entre los “padres fundadores” de la teoría del desarrollo– en su obra fundacional *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, (traducida al inglés como *The Theory of Economic Development: An inquiry into profits, capital, credit, interest and the business cycle*) publicada en 1911 y conocida como *Teoría del desarrollo económico*. Schumpeter presentó al mundo académico su teoría del espíritu empresarial emprendedor (*entrepreneur*), al sostener que los factores determinantes del desarrollo eran las empresas, las innovaciones, los mercados y las instituciones. En su artículo *Development* de 1932, Schumpeter aclaraba que

[...] la diferencia entre crecimiento y desarrollo reside en que el crecimiento se refiere a los cambios de las magnitudes económicas como la producción, el empleo, el ahorro y la inversión, mientras que el desarrollo hace referencia a los cambios de los mecanismos endógenos que suponen una ruptura en los

procesos que impulsan el progreso económico y social (Schumpeter, citado por Vázquez Barquero, 2005: 47)⁴

Por lo tanto Enrique Shaw se convirtió en *schumpeteriano* de hecho desde su puesto como Administrador Delegado de cristalerías Rigolleau Siguiendo esa línea de pensamiento-acción, Shaw desplegó un *corpus desarrollista en clave socialcristiana*, nacido no desde una lectura académica de los teóricos del desarrollo en boga, sino desde su *praxis humanista cristiana*. Las cuatro conferencias de Enrique Shaw, pronunciadas en actos públicos entre los años 1958 y 1962 (presidencia de Frondizi), muestran sus aportes técnicos a la estructura moderna de la empresa y enfatizan el compromiso de los dirigentes con el desarrollo integral de los trabajadores. Las cuatro intervenciones de Shaw en ámbitos de encuentros empresariales fueron:

- En la ciudad de Córdoba, en el ámbito del VI Congreso Eucarístico Nacional de 1960, el tema obligado fue “*Eucaristía y Vida Empresaria*” (publicadas por ACDE, 1960) donde Shaw invitó a los dirigentes de empresas a vivir según el espíritu del Sermón de la Montaña (Shaw, 2015: 390-391).
- En Mendoza, en el año 1958, Shaw dio la conferencia pronunciada ante los Profesionales de la Acción Católica titulada “*La Misión de los Dirigentes de Empresa*” (publicada por ACDE, 1960). En ella recomendaba con firmeza “Nada de paternalismo”, en la lógica de gestión empresarial. Esta concepción anti-paternalista del *management* colocaba a Shaw en consonancia con uno de los principios básicos del modelo de *Economía Social de Mercado* que llevó al “milagro” de Alemania Federal, donde la alianza entre el estatismo del demócrata cristiano Konrad Adenauer y la libre iniciativa de Ludwig Erhard se tradujo en la fórmula: “tanto mercado como sea posible y tanto Estado como sea necesario”. Adenauer (uno de los padres de la Comunidad Económica Europea) sostenía un principio básico de la doctrina socialcristiana: el principio de *subsidiariedad*, según el cual el ente superior (el Estado) solo debía intervenir si el ente inferior (las personas) no podían por sí mismas. Enrique Shaw, como Adenauer, tenía presente este principio como la clave para evitar los dos males que socavaban la dignidad personal del trabajador: el asistencialismo y el clientelismo. En palabras del propio Shaw: “[...] los problemas de las empresas deben ser resueltos por los interesados, patrones y sindicatos, de común acuerdo; de lo contrario los resolverá el Estado” y “[...] hay una legítima

emancipación del obrero que corresponde a una conciencia más aguda de su personalidad” (Shaw, 2015: 390).

- En Santiago de Chile ante el Congreso Mundial de la Unión Internacional de Dirigentes de Empresa Cristiana (UNIAPAC), el documento presentado por Enrique Shaw en colaboración con Carlos Domínguez Casanueva, “*La empresa. Misión, objetivos y desarrollo*”, (publicadas por ACDE, 1961), fue sin duda el más técnico de sus escritos, en el que describió los nuevos desafíos económicos y sociales que enfrentaban los dirigentes y ejecutivos (Shaw, 2015: 390). Una mirada preclara de Shaw en clave *schumpeteriana* que relacionaba a la empresa con el desarrollo económico se puede apreciar en esta cita del documento:

[...] Lo importante es que, como todo grupo dirigente de la sociedad, la empresa no se desinterese del desarrollo económico. Más aún, no es ni siquiera suficiente que subordine su propio interés al del bien común; debe lograr armonizar los intereses públicos con los particulares de modo tal que lo que contribuye al bien común coincida con su propio interés. La empresa debe esforzarse para que todo aquello que es productivo para la sociedad, todo aquello que la fortalece y hace más próspera sea una fuente de estabilidad, prosperidad y beneficio para la empresa (De Elizalde, 2010: 130).

- En el marco de seminario de extensión social que había organizado en el Consejo Nacional de Hombres de la Acción Católica, el 4 de marzo de 1962, como un último legado pocos meses antes de su muerte, Shaw expuso sobre el “*Concepto Cristiano del Desarrollo*”, que tomaba su impulso desde el mandato bíblico “*Y dominad la Tierra*”. En esta alocución, reflexionaba sobre el concepto de desarrollo (que en sus palabras iniciales este concepto “está hoy en labios de todo el mundo”) tratando de entenderlo en dos horizontes de comprensión: en clave de complejidad y según una matriz humanista y cristiana. De allí su reconocimiento a Francisco Valsecchi (el Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la UCA), cuyas reflexiones le aportaron el *background* teórico-analítico para abordar el tema. Las bases evangélicas del desarrollo las encontró en las Sagradas Escrituras, en las reflexiones de los Papas y en la tradición socialcristiana –en

especial la francesa como se podía comprobar en sus citas y bibliografía– que Shaw sintetizaba diciendo “[...] desarrollar la civilización es poner al hombre más o menos directamente en condiciones de ir a Dios con todo lo que Dios ha puesto en él” (De Elizalde, 2010: 130).

De allí que para describir las condiciones para un desarrollo humano, Shaw sostenía que “[...] La primera condición es tener plena conciencia que el desarrollo no es un fin en sí mismo. Su fin es el servicio del hombre, la promoción integral del hombre, de todos y de cada uno de los hombres y sus familias”. Esta mirada estaba en consonancia con las palabras del padre Leuret (que a su vez inspiraron al Papa Pablo VI en la Encíclica *Populorum Progressio* de 1967) cuando señalaba en su obra fundacional *Dinámica concreta del desarrollo* (1961) “La economía humana busca el desarrollo del todo el Hombre, de todos los hombres”. Shaw finalmente desplegaba una lúcida definición del desarrollo cuando afirmaba que “[...] nuestro concepto cristiano del desarrollo, el integral, no debe ser confundido con el mero progreso material, que es solamente una parte, necesaria pero no total, del desarrollo y que suele producir un «tipo» de desarrollo humano, de conocimientos más que de cultura” (De Elizalde, 2010: 136).

II. Segunda parte: La historia empresarial surcada por la gestión de Enrique Shaw

En el marco de los estudios de la historia económica argentina se desplegó una vertiente analítica particular dentro de la denominada “historia de empresas” (*business history*), con una vasta producción académica que ha descrito el ciclo vital del nacimiento, la evolución y las crisis de las empresas argentinas, así como la conformación de las organizaciones patronales, del diseño organizacional al interior de cada industria (su estructura y sus estrategias), de los modelos de gestión (*management*) y las lógicas de las redes empresariales-familiares. Asimismo, estas investigaciones se subdividen por rama de actividad, por regiones geográficas y económicas y por períodos históricos. A esa mirada micro se la cruza analíticamente con los ciclos económicos macro por los que atravesó la economía argentina, dentro del escenario internacional.

El caso de Enrique Shaw implica bucear en el comportamiento profesional de unos de los miembros de una *élite* empresarial, conformada

por las familias Shaw, Tornquist, Bunge, Fourvel Rigolleau. Y si bien Enrique Shaw formó parte del directorio de diversas firmas industriales, agropecuarias y comerciales, la atención como dirigente de empresas católico se fijará en cómo gestionó las cristalerías Rigolleau⁵ desde que lo ascienden (a fines de 1958 en pleno desarrollismo) al cargo de “Administrador Delegado”, que dentro del organigrama de la firma constituía el puesto de mayor responsabilidad. Y a diferencia del ejemplar comportamiento de otro laico humanista comprometido con hacer viable el Evangelio en el mundo empresarial, como fue el caso de Julio Steverlynck, quien hizo presente las enseñanzas de la Encíclica *Rerum Novarum* como fundador y propietario de la textil “Flandria” (en la localidad de Jáuregui, cercana a Luján), las convicciones cristianas y el accionar de Enrique Shaw se hizo fuerte como gerenciador de una firma en la cual no poseía el mayor paquete accionario. Es decir que Shaw actuó en los intersticios de una organización, en la cual no tenía el poder de decisión final sobre sus estrategias frente a los desafíos del mercado y a la cual transformó “desde las bases” en eficiencia productiva y “en espíritu de comunión humana”, imprimiéndole una nueva mirada en clave humanista y cristiana.

1. Breve historia de una firma familiar: Cristalería Rigolleau S. A.

Un estudio de Cintia Russo (2012) afirma que la empresa de los Rigolleau se fundó en 1882 y en 1906 se instaló en Berazategui, en ese entonces partido de Quilmes, provincia de Buenos Aires. Las Cristalerías Rigolleau S. A., recibieron entonces el aporte de comerciantes e industriales en su mayoría de origen francés. Esta empresa comenzó como un proyecto familiar, pero a lo largo de los años creció gracias al aporte de muchos accionistas. La primera sociedad anónima quedó constituida el 19 de noviembre de 1906 por: Gastón F. Rigolleau, H. Texier, E. Mattaldi, E. Tornquist, F. Portalist, C. Hileret, S Hageman, A. Chouvet, J. Lorenz. Los miembros de este directorio eran destacados empresarios pertenecientes muchos de ellos a la gran burguesía comercial, financiera y agropecuaria de la escena local. Frederic de Portalis empresario agropecuario y financista, Clodomiro Hileret productor azucarero, Ernesto Tornquist banquero y empresario, Eugenio Mattaldi industrial de origen italiano cuya hija estaba casada con Gastón Fourvel Rigolleau.

La Cristalería Rigolleau modificó la estructura social y económica de un pequeño poblado dedicado a tareas rurales que pasó a convertirse en relativamente pocos años, en una ciudad industrial. Esa complementariedad entre un emprendimiento industrial y una localidad que vivía “de y por” la

empresa tenía muchos antecedentes en la historia económica argentina, por ejemplo los frigoríficos Swift y Armour en Berisso (cuna del peronismo, cerca de La Plata); la cementera “Loma Negra” que dio origen al pueblo del mismo nombre en Olavarría; la textil “La Bernalesa” en Bernal y la cervecera “Quilmes” en la localidad homónima, la citada Flandria, etc. Esa relación de simbiosis era un arma de doble filo. Por un lado alimentaba la vida de la localidad. En el caso de Cristalería Rigolleau su llegada estimuló una mayor afluencia demográfica con el inevitable fraccionamiento de las tierras en sucesivos loteos. Estos fueron la base de los densos barrios que componían el ejido urbano y suburbano que se tejió en torno a la fábrica de vidrio y a la estación de ferrocarril de Berazategui. Pero, por otro lado, la población de la localidad sufría la vulnerabilidad de la empresa y cada decisión dentro de la misma implicaba un impacto inmediato sobre toda la ciudad, más si se tiene en cuenta que empleaban a miles de personas quienes –junto a su núcleo familiar y a los negocios de la zona– dependían de los ciclos expansivos y/o recesivos de la empresa o de la rama de actividad.

Russo identifica diferentes etapas, en el “ciclo vital de la firma”: 1882-1906 (fundación y traslado a la localidad de Berazategui); 1906-1930, (proyección hacia el mercado nacional); 1940-1960, (expansión y consolidación en el mercado); 1960-1985 (fin de la “dinastía” de los Rigolleau, reducción de las líneas de producción); 1986-1993 (venta de la empresa “gestión Camilo Gancia”); 1994-2007 (venta de la empresa, “gestión familia Cattorini”) (Russo, 2012: 2). A su vez en cada etapa la autora señala las estrategias ofensivas de las etapas de expansión y las defensivas de las de repliegue. Por pertenecer a un tipo de producción destinada al mercado interno, mayormente mano de obra intensiva, la empresa se vio sometida a esos vaivenes cíclicos de la demanda local. Se podría marcar dos momentos “bisagra”: a) el primero, en relación a un salto de calidad y de financiamiento; b) el otro momento es cuando se produjo el cambio de propiedad de la firma con la muerte de León Fourvel Rigolleau.

Una breve descripción de dichos momentos “bisagra” implica rescatar:

a) Cristalería Rigolleau pudo recorrer un sendero madurativo que le permitió desarrollar la suficiente capacidad para comprar y adaptar tecnología de punta al asociarse con la compañía americana *Corning Glass Works* en 1943, cuando esta le cedió las patentes para la producción de vidrio *Pyrex* que le garantizaba a la compañía calidad e innovación, lo que estimuló el aumento de sus ventas y el mayor control del mercado.

En 1952, se firmó otro acuerdo con la firma americana *Wheaton Glass Co.*, para la fabricación de frascos de antibióticos inyectables, la primera vez que se desarrollaba esa línea de productos en la Argentina. Se comenzaron a producir también tubos para lámparas fluorescentes, para lo cual se incorporaron máquinas y se imitaron a las importadas bajo licencia de los fabricantes originales. Sin embargo, al primer ciclo expansivo le sucedió una desaceleración en la producción de *Pyrex* que reflejaba, de alguna manera, la evolución de la firma hacia estrategias defensivas.

Durante el gobierno de Arturo Frondizi, el impulso al *take off* del desarrollismo implicaba un paso del modelo de sustitución sencilla de importaciones de posguerra (ISI “sencillo o fácil”) a un modelo ISI complejo, caracterizado por la disponibilidad financiera para obtener créditos y capital de inversión; por inversiones realizadas en tecnología duras y de gestión y organización (máquinas, capacitación, organización de la producción etc. que permitiera aumentos de la productividad y mejoras de la competitividad) y un acercamiento a la “frontera tecnológica internacional” de la producción vía reestructuración de la tecnología de proceso y productos. En 1958 la Cristalería firmó un contrato con la sociedad norteamericana *Corning Glass Works* para la utilización de patentes que le permitieron la producción del vidrio *Pyrex* para elementos de laboratorio (ya no para vajilla doméstica). Fue muy importante para dar ese paso la decisión del suegro de Shaw, Jorge Bunge, quien había construido una fábrica en Colombia llamada Fábrica Argentina de Envases Medicinales. La vendió y armó una similar en Buenos Aires para fabricar ampollas medicinales y luego tubos de vidrio. Un tiempo después la incorporó a la Cristalería Rigolleau S.A. y de ese modo él aumentó su capital accionario en esa empresa que había sido fundada por familiares de su esposa ya fallecida. Hacia 1957, Cristalerías Rigolleau era no solo la más antigua sino también la más importante empresa de vidrio en la Argentina. Empleaba alrededor de 3.500 personas. Pero en ese momento se estancó y se inició entonces un ciclo diferente que puede asociarse con el fin de la gestión empresarial de los Rigolleau y la competencia del plástico en los años de 1960.

b) Gastón Fourvel Rigolleau condujo y presidió la empresa familiar desde su fundación hasta que, luego de 24 años, en 1931 asumió su único hijo varón, León Fourvel Rigolleau. Sin embargo hacia fines de los 1950 se retiró de la compañía León Fourvel Rigolleau que en 1960 moría, sin descendencia, en Nueva York. Con él concluía la “dinastía” familiar de los Rigolleau que había comenzado a fines del siglo XIX. Después de su muerte, la continuidad en la gestión se dio a través de la dirección de tres cuadros ejecutivos que

pertenecían a tradicionales familias vinculadas a Cristalería Rigolleau desde hacía varias décadas: Gastón Texier, Enrique Shaw y Emilio Van Peborgh (Russo, 2012: 6). El período de permanencia en la empresa de cada uno ellos fue: Texier (1918-1981), Shaw (1945-1962) y Van Peborgh (1949-1983). Según Russo sus gestiones fueron “defensivas” y no pudieron evitar la venta de la compañía. Dos especialistas en historia de empresas, Kosacoff y Bisang, definen a las “estrategias defensivas” por: 1) la disminución de los costos vía reducción de personal y/o cierre o disminución de sectores; 2) la débil o nula inversión en tecnologías duras y de gestión: presencia muy escasa de nuevos equipamientos, baja capacitación del personal, cambios en la organización y gestión empresarial sin modificar esquemas jerárquicos. Estas inversiones se realizan selectivamente y son puntuales (no estructurales, incorporación de máquinas) y se vinculan con los ciclos del nivel de actividad; 3) los aumentos de productividad se dan con baja competitividad en el mercado internacional. 4) la empresa tiene restricciones de acceso al financiamiento y 5) se da una mayor integración vertical, con una escala de producción reducida y alejada de la frontera tecnológica internacional. Los niveles tecnológicos, productivos y competitivos se alejan de la *best practice* internacional

2. La originalidad del *management* de Shaw en clave evangélica⁶

Cuando Enrique Shaw comenzó a trabajar, estaba en el directorio de la Cristalería el padre de Cecilia y lo presidía un tío de ella: León Fourvel Rigolleau. Su *performance* en Rigolleau fue:

- En octubre de 1946 lo nombran Asistente del Gerente de Planta.
- En junio de 1948 es promovido a “Gerente de Producción de tubos.”
- En 1950, lo designan Director Suplente.
- Entre 1952 y 1954, lo nombran “Subgerente de Producción.”
- Entre 1954 y 1958, “Subgerente General”.
- A fines de 1958, lo ascienden a “Administrador Delegado”, era el cargo de mayor responsabilidad (Shaw, 2015: 204).

Si se tiene en cuenta la caracterización de Russo, Enrique Shaw entró a formar parte del *staff* de Cristalería Rigolleau en su etapa de expansión y consolidación en el mercado en los años 1940, pero tuvo que hacerle frente como *chief manager* (“Administrador Delegado”) en la etapa conflictiva, no solo para Rigolleau, sino también para el sector del vidrio y para la promoción industrial en general. Recordemos que la política desarrollista de Frondizi de expansión e innovación productiva tuvo un fuerte “enfriamiento” con la

designación del ingeniero Álvaro Alsogaray al frente del Ministerio de Economía (1959-1961), para quien era preferible el control de la inflación (con su Plan de Estabilización) a una política agresiva de crecimiento (aún con el riesgo inflacionario). Ese dilema entre “estabilidad vs desarrollo” obligó a la “Rigolleau de Shaw” a desplegar toda la creatividad para evitar que la caída del sector del vidrio afectara el trabajo de miles de familias. Russo (2012: 11) señala en su estudio que la Cristalería aportaba casi el 15% del total de la ocupación industrial en el Partido de Berazategui.

En los últimos días de su vida se empeñó en desplegar tres estrategias que no se continuaron luego de su muerte: a) diversificar la producción para adecuarse al avance del plástico; b) resistirse a que la productividad de la firma fuera sinónimo de una política de racionalización cuya resultante sería el despido masivo y c) intentar que aquellas secciones del proceso productivo del vidrio, que fueran obsoletos por el avance tecnológico se reconvirtieran o se capacitaran para ofrecer servicios “terciarizados” por fuera de la fábrica (Shaw, 2015: 288).

Los resultados no fueron todo lo que Shaw hubiera deseado. El control del paquete accionario de Cristalerías Rigolleau pasó a manos de *Corning Glass Works*, una gran empresa norteamericana que gradualmente adquirió una importante participación accionaria, la cual mientras vivía Enrique llegó a tener más del 40% de las acciones. Este hecho permitió, por un lado cierta modernización de la empresa, tanto de procesos de fabricación como de capacitación de su personal, y por otro, facilitó los convenios comerciales con otras grandes empresas internacionales. Sin embargo por la competencia del plástico, la lógica de la industria del vidrio y el cambio tecnológico se cerraron en la década de 1960 las secciones de trabajo a mano y desaparecieron algunos oficios como los de “soplador”, “sacador” y “prensador”. Dos testimonios explican la lógica “en clave evangélica” de un empresario como Shaw. El primero marca la creatividad frente a los nuevos productos y nuevos mercados. A la dicotomía en el consumo entre vidrio o plástico, Shaw reaccionó:

El gran enemigo del vidrio es el plástico. Él tenía la idea de hacer una fábrica de plástico para no dejar a la gente sin trabajo. Pero el directorio no quiso ni les gustaba estas cosas que E. Shaw hacía para beneficiar a “los de abajo”. Shaw tenía iniciativas porque no quería suspender a la gente cuando no había trabajo. Era un empresario católico, que trabajaba para servicio suyo y para servir a los demás. Los bienes eran para compartir y para que todos se beneficien. Ahora no se piensa en el ser humano. Él fue un empresario que buscaba hacer el bien

y estar dentro de la Doctrina Social de la Iglesia. Así tendrían que ser todos. “Abajo” se nota quién es el que está “arriba”, el que le manda. Nunca se lo criticó (Shaw, 2015: 283).

Como administrador, el último gesto casi heroico de Shaw antes de morir queda plasmado en el siguiente testimonio de su esposa:

En 1961, cuando llegó una orden de la Corning Glass Work para despedir muchos empleados de las Cristalerías Rigolleau, Enrique se opuso. Él dijo que si despedían aunque sea uno sólo, él renunciaba. Estaba totalmente entregado en las manos de Dios. Ya estaba enfermo, tenía 9 hijos y una mujer [...] Era ya el final de 1961, al principio de ese año ya habían hecho el take over los americanos aprovechando la enfermedad del Presidente de la Cristalería, mi tío León Fourvel Rigolleau y tomaron el control de esa empresa. No fue un vaciamiento, pero esto le causó un fuerte dolor a mi padre Jorge Bunge, ya que él era accionista y también miembro del directorio. Mi padre, murió el 13 de octubre de ese año y mi tío León, acababa de morir el 18 de mayo. Enrique era el Administrador Delegado, pero ya no tenía el respaldo de la familia ni la mayoría, o sea en el Directorio de esa empresa ya no estaban su suegro ni su tío político [...] Llegó una orden de Estados Unidos; se querían echar muchos obreros. Enrique preparó una nota firmada por él, y firmó el papel diciendo que si se echaba una sola persona, él renunciaba. Envío esa circular a todos los trabajadores, un papel a cada uno de los obreros [...] Corning lo llamó a Estados Unidos y él pudo hablar muy bien dando explicaciones y no se echó a nadie [...] (Shaw, 2015: 283).

Calificar de “heroico” el gesto de Shaw se justifica por el hecho de que –a su muerte y durante la administración Emilio Van Peborgh– Cristalerías Rigolleau tuvo que despedir 1200 personas en un año a pedido de la *Corning Glass*. Van Peborgh lo justificaba diciendo que “No se puede ser santo como empresario. Enrique manejó mal la empresa [...] envió una circular a los obreros sin la aprobación del Directorio diciendo que el ‘trabajo es un don de Dios’ [...]” (Shaw, 2015: 302).

Por su parte, la proliferación de talleres fue favorecida y potenciada por Shaw, a partir de las facilidades que daba la firma para la adquisición de los equipos en desuso y también por el grado de calificación de la mano de obra que estaba en condiciones de trabajar en talleres propios. La empresa vendió los equipos a sus trabajadores de manera que pudieron instalarse por su cuenta en actividades que no compitieran con Cristalerías Rigolleau. Este proceso de creación de numerosas pequeñas y medianas empresas a partir del cierre de algunas secciones de la fábrica generó una red de proveedores

que no solo abastecía la demanda de Rigolleau sino también se vinculaba con otras firmas de la zona.

Rigolleau mantuvo desde los años '60 tanto en el *management* como en el proceso productivo las características del modelo fordista, incorporando a esa modalidad tecnología moderna pero sin modificar sustancialmente el esquema productivo. Si bien Shaw no tenía la potestad como Administrador Delegado para hacer innovaciones en la estructura de la empresa, sí lo hizo en la estrategia, incorporando una nueva mirada hacia el manejo del personal, innovando desde un horizonte de comprensión humanista y cristiano. Algunas de esas medidas innovadoras fueron:

- Mirada humanista de Shaw sobre la empresa y el empresario

Según Shaw se establecía en la empresa una relación entre empresarios y trabajadores en base a tres aspectos: a) el servicio, b) el progreso mutuo y c) la “promoción” o dignificación humana.

a) En palabras de Shaw

Convergen en la empresa todas las clases de la sociedad para unirse en la común condición de trabajador. Cada persona desempeña una función útil: el concepto de clase social se desvanece frente al de función social [...] la actitud de servicio y el deber de procurar el progreso pueden revestir innumerables formas. El hombre, al servirse correctamente de las cosas, las eleva, pues las pone al servicio del fin para el que han sido creadas, que es el de servir al hombre (Shaw, 2015: 207).

b) Como gerenciador, Shaw entendía al progreso así:

[...] En cuanto al progreso –científico, técnico, organizativo–, mientras no sea a expensas de la dignidad de los trabajadores, es también un deber. La empresa debe aumentar en forma ininterrumpida su rendimiento, debiendo hacer producir al máximo todos sus factores. Ella también debe cumplir con la parábola evangélica de los talentos (Shaw, 2015: 207).

c) Finalmente, la ascensión humana de los trabajadores se traslucía en Shaw de esta manera:

Debemos trabajar por la elevación del hombre: somos los responsables de la ascensión humana de nuestro personal, sin trabar por eso, de ninguna manera, su legítima iniciativa y su necesaria responsabilidad [...] El dirigente de empresa debe considerar a cada uno de sus colaboradores humanos como un

«posible» a quien hay que facilitar la realización y ayudarlo a encontrar y extraer lo mejor que tiene de sí mismo [...] El «clima» de la empresa debe ser tal que contribuya a la ascensión del hombre y le brinde por su trabajo y en su trabajo la mejor de las oportunidades para su desarrollo; el dirigente de empresa debe dar toda la libertad posible para que cada uno sea dueño de sus actos y pueda expresar su personalidad (Shaw, 2015: 207).

- Concepción del obrero en Shaw

Enrique Shaw no fue revolucionario por darle un viraje brusco a la lógica organizacional productiva o financiera de Rigolleau, pero sí fue un verdadero *entrepreneur schumpeteriano* por generar una “mirada del otro en clave evangélica”. Todos los testimonios de los obreros de la Cristalería que lo conocieron hacían referencia a dos características en la su relación personalísima patronal-obrera: su mirada sobre el obrero basada en el reconocimiento a su “buen hacer” en el trabajo cotidiano y su escucha atenta a las necesidades personales y laborales de los operarios: “La empresa tenía 3600 empleados, y él conocía 3600 problemas. Entraba a la fábrica y saludaba a quien se le cruzara llamándolo por su nombre y preguntándole por sus cosas. Generalmente sacaba su famosa libretita y anotaba algún pedido...”

Shaw describía a la “psicología del obrero” como la de un hombre “habitado a lo concreto”, solidario, acaparado por lo inmediato. Para Shaw, las cuatro aspiraciones de los trabajadores eran: seguridad, buen trato, buen sueldo, posibilidad de progresar. Si ese diagnóstico era acertado Shaw insistía en que:

[...] Somos los responsables de la ascensión humana de nuestro personal. Se debe ver en cada hombre un "posible" a quien facilitar la realización. Más que darles algo nuestro hay que hacerles descubrir lo que ellos tienen de bueno, haciéndolos pensar, por ejemplo, si no creen poder hacer algo mejor de lo que están haciendo. A veces alguien no sirve por culpa nuestra. En el trabajo se debe poder desarrollar la personalidad. La empresa, consciente o inconscientemente, es un molde. Los capataces son el hombre olvidado de la industria argentina; es en eso en lo que más se falla [...] (Shaw, 2015: 270).

- Posibilidad de un nuevo diseño organizacional “en comunión y desde abajo”

Aunque los estudios académicos como los de Russo insisten en que en el proceso productivo de la “Rigolleau de Shaw” mantuvo las características del modelo fordista (producción en escala para abaratar el costo unitario,

línea de montaje, automatización de procesos y de productos, separación entre la base operativa y las oficinas de planificación), se pueden resaltar algunas particularidades del modo de gerenciar de Shaw. Por ejemplo, cuando estableció el sistema de gratificación por equipos de producción o el buzón de sugerencias. Alentaba a los trabajadores a que tuvieran iniciativa, a que sugieran mejoras, innovasen en su tarea, que pensarán por sí mismos. Y si bien sería exagerado ponerlo a Shaw como precursor del *Toyotismo* –que promovía precisamente en los *chido ka* o círculos de calidad total el trabajo en equipo por objetivos– sí se puede resaltar su búsqueda del progreso obrero, para que cada uno pudiera llegar a tener su casa o su auto.

- Arte y eficiencia productiva: lo bello y lo bueno según Shaw

Finalmente, uno de los aspectos más innovadores de la gestión de Shaw fue el decidido apoyo a la Sección Artística de la Cristalería Rigolleau. Esta sección logró muchos éxitos locales e internacionales (algunas piezas producidas en Argentina están en importantes Museos del Vidrio). Shaw repetía que económicamente no era una actividad muy lucrativa, pero que no daba pérdidas, y al ser una actividad tan prestigiosa su mayor ganancia era la gran publicidad que obtenía la empresa por las piezas producidas: lo bello y lo útil en armonía. Las “piezas únicas”, o sea las que no eran hechas en serie (las piezas que no eran de bazar) eran producidas bajo la dirección de Lucrecia Moyano. En 1951, en la Exposición *L'Art du Verre* en el Museo del Louvre, que nucleó a las grandes vidrierías del mundo, la Cristalería Rigolleau mostró una vitrina individual de objetos diseñados por Lucrecia. También hubo una muestra realizada en Washington, en la *Smithsonian Institution*. Uno de los más grandes museos de vidrio del mundo: *Corning Glass Museum* organizó una importante exposición en 1956 y adquirió una pieza argentina importante para su colección permanente (Shaw, 2015: 311).

En esta doble aproximación entre lo estético y la lógica productiva, Shaw se complementaba con otros pioneros de la industria que asumían la identidad de la firma con la promoción de las bellas artes. Un ejemplo fue el de SIAM (una de las industrias metalmeccánica más pujante de América Latina) fundada por el Ingeniero Torcuato Di Tella. Luego, su espíritu se consolidó a través de la experiencia del Instituto Torcuato Di Tella, creado en 1958 y a la vanguardia en las artes y las ciencias. La vocación filantrópica del Ingeniero Torcuato Di Tella y su concepción de la empresa “como algo más que una actividad lucrativa”, inspiraron a sus hijos Guido y Torcuato a

instaurar, en 1958, la Fundación Torcuato Di Tella y el Instituto, de igual nombre, en homenaje a la memoria de su padre.

Sin embargo, a los pocos días de la muerte de Enrique, resolvieron cerrar esta sección. Lucrecia Moyano trabajó en la Cristalería hasta fines de agosto de 1962. El espíritu se esfumó en aras de la rentabilidad.

3. Otras iniciativas empresariales de Shaw

Como hombre de empresas, de intereses y de obligaciones múltiples –amén de minimizar el riesgo al ampliar sus bases de ingresos y sus redes sociales dentro de una *élite* particular– Shaw participó en otros emprendimientos aparte de las Cristalería Rigolleau. En todos ellos se recogen testimonios del mismo modelo de gestión y de trato humanitario. Algunos de sus emprendimientos fueron:

- *Ernesto Tornquist & Cia. Ltda.*

En 1930, la empresa Ernesto Tornquist & Cia. Ltda. contaba con 24 compañías afiliadas, que cubrían una vasta gama de actividades. Enrique, hijo de Sara Tornquist y nieto de Ernesto Tornquist, fundador de la compañía, tenía acciones en Ernesto Tornquist & Cia. Ltda. por las que recibía dividendos. En 1957, tanto Enrique como su hermano Alejandro fueron directores de esta compañía por varios años (Shaw, 2015: 311 y ss.).

- *Compañía General de Comercio e Industria S.A.*

Esta empresa se dedicaba a la explotación de hoteles entre los que se destacan el “Plaza Hotel” y el “Continental”. En 1950, Enrique formó parte del Directorio como síndico suplente, siendo presidente el Sr. Eduardo A. Tornquist. Entre 1951 y 1953, fue director suplente. Enrique tenía acciones de esta compañía, por las que recibió dividendos.

- *Ferrum S.A.*

Esta firma fue fundada en 1911 y pertenecía a “Ernesto Tornquist & Cia. Ltda”. Cambiaron su nombre a “Ferrum Sociedad Anónima de Cerámica y Metalurgia”.

La empresa contaba con comedor, consultorios médicos y medicina preventiva y estaba ubicada en Avellaneda. En 1961 tanto Enrique como su hermano Alejandro, eran directores de la compañía.

- *Casa Shaw y Cía., luego Banco Shaw S.A.*

El padre de Enrique, Alejandro Enrique Shaw, fue el presidente de la empresa Shaw & Cia. Sociedad Financiera SRL, empresa que inició su actividad en 1944.

En 1958, dicha compañía obtuvo la autorización del Banco Central de la República Argentina a operar como un banco. En 1960, Enrique fue elegido Director suplente del Banco Shaw SA, por un período de dos años.

- *Pinamar S.A.*

Es la empresa fundada por Jorge Bunge, el suegro de Enrique para la forestación, fijación de médanos y urbanización de terrenos ubicados en la zona costera de General Madariaga. La empresa contaba con los ingresos producidos por la venta de lotes y algunos alquileres. Con el correr de los años, Pinamar se convirtió en uno de los balnearios más concurridos de la Argentina. Participó del directorio de Pinamar SA, primero como síndico suplente, luego como Director suplente. En 1949 comenzó a participar del Directorio de Pinamar S.A. En 1961, ante la enfermedad de Jorge Bunge y la licencia del vicepresidente, Enrique fue vicepresidente en ejercicio de la presidencia y a la muerte de su suegro fue nombrado Presidente del Directorio.

- *Ulivi Bianchi y Cía. S.A.*

Fue presidente de Ulivi, Bianchi y Cía. S.A. Esta empresa se dedicaba a la fabricación de productos químicos para la industria. Producía algunos productos exitosos de la industria local como el pegamento Plasticola, el apresto Plastitel y el producto de limpieza Pinoluz.

- *Interamérica, S.A.*

Estuvo en este directorio desde el año 1943, era la sociedad que administraba la estancia Luis Chico.

III. Tercera parte: La Iglesia Católica en la que vivió Enrique Shaw

En esta tercera sección se abordará la acción apostólica de Enrique Shaw en el marco de una Iglesia que fue transformando su rostro, desde el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 en Buenos Aires (al cual un joven Enrique asistió) al Concilio Vaticano II. De una fe “cristocéntrica”, de misa en latín que solía asociarse a la idea de la nación católica, a una fe vivida en clave “comunal”, de participación activa laical y que compatibilizaba cristianismo y democracia. Si bien Shaw no vio los frutos del Concilio, si vivió su espíritu de apertura a los más necesitados. Las palabras de la constitución apostólica *Gaudium et spes* (1965), Shaw las encarnó tempranamente en su gestión empresarial, especialmente cuando en el punto 1 del documento se interpelaba a los creyentes a comprender que

[...] Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón [...] (*Gaudium et spes*, 1965: párr.1).

Enrique Shaw tuvo noticias del anuncio del papa Juan XXIII (en la celebración de la fiesta de la Conversión de San Pablo el 25 de enero de 1959) de convocar un concilio *ecuménico*. Este causó una gran sorpresa en todos: todavía no habían transcurrido tres meses desde la elección de Juan XXIII, en el cónclave de octubre de 1958, que lo había elegido como un Papa considerado extraoficialmente “de transición”, a continuación del papado de Pío XII. El 25 de diciembre de 1961, Juan XXIII convocó la celebración del concilio para 1962 y el 2 de febrero siguiente fijó la fecha de apertura para el 11 de octubre.

1. Breve panorama eclesial argentino

Siguiendo la caracterización de Mallimaci (2015) para la década de 1930 el papa Pío XI creó diez nuevas diócesis (de 11 a 21), pasando el promedio de habitante por diócesis de 1.067.802 a 616.170, buscando un mayor acercamiento territorial a la población creyente. Para 1939 en Buenos Aires había 270 sacerdotes para una población de 2.360.000, o sea un sacerdote para 8.500 personas. Ya para 1947 existía alrededor de un sacerdote cada 4.512 habitantes en una población que declaraba (en el Censo de 1947) que era católica el 94%. El control del seminario de la Arquidiócesis de Buenos Aires estaba en manos de la Compañía de Jesús y el otro centro de formación estaba en el seminario de Villa Devoto.

El clero regular era importante en el área educativa –Enrique Shaw se formó en la Colegio La Salle, de la Congregación de Hermanos de Escuelas Cristianas– con 414 conventos que alojaban a 4.444 religiosos en 1946, pasando en 1949 a 454 casas conventuales y 3.124 religiosos. Las órdenes de mujeres eran más numerosas, ya que en 1946 existían 10.598 religiosas.

En otro orden, el sociólogo De Imaz rescataba que en 1960, según su origen el 15% de los obispos eran criollos; el 77% eran hijos de inmigrantes y el 8% eran extranjeros. De ellos, según su extracción social, 5 provenían de familias tradicionales; 18 de clase media y 18 de sectores populares, con una fuerte impronta de “italianización” de los principales exponentes del período 1930-1960: Copello, Caggiano, Fasolino, Pironio, Primatesta, Sandri, Quarracino, Bergoglio y Poli eran descendientes de inmigrantes italianos (Mallimaci, 2015: 98).

Asimismo se fueron gestando distintas organizaciones para canalizar la participación activa de los laicos, inspirados en las corrientes socialcristianas europeas, en los mensajes papales y en sus documentos y Encíclicas, teniendo un gran impacto la *Quadragesimo anno*, del Papa Pío XI, promulgada el 15 de mayo de 1931, con ocasión de los 40 años de la encíclica fundacional de la Doctrina Social de la Iglesia: la *Rerum Novarum* (1891) de León XII. La Acción Católica (con sus distintas ramas, asesorada entre 1930 y 1946 por Antonio Caggiano); los Círculos Obreros católicos del padre Grote; la juventud Obrera Católica; las Vanguardias Obreras Católicas; las Congregaciones Marianas; los colaboradores de San Vicente de Paul; la Federación Argentina católica de Empleadas de Monseñor de Andrea; los oratorios salesianos hasta la creación de ACDE por Shaw (Mallimaci, 2015: 102).

Finalmente es necesario desplegar el contexto diocesano donde Enrique Shaw realizó su tarea: la arquidiócesis de La Plata (de la cual dependía Berazategui, donde el padre Vicente Policicchio, de la parroquia de la Sagrada Familia, fue confesor y director espiritual de Shaw durante muchos años) y la parroquia Nuestra Señora del Pilar, en el barrio porteño de Recoleta, donde Shaw y su familia acudían a misa dominical. En cuanto a la primera, cabe señalar que la arquidiócesis de La Plata se encuentra dentro de las ocho jurisdicciones eclesiásticas más antiguas de la Argentina; entre 1930 y 1962 fueron arzobispos Monseñor Francisco Alberti (1921-1938); Monseñor Juan Chimento (1938-1946); Monseñor Tomás Solari (1946-1955) y por treinta años Monseñor Antonio Plaza (1955-1985). En cuanto a la basílica Nuestra Señora del Pilar es el segundo templo más antiguo de la ciudad de

Buenos Aires. En 1715 los frailes recoletos descalzos comienzan la construcción de la iglesia y el convento en el que es hoy el barrio porteño de Recoleta y fue inaugurada el 12 de octubre de 1732. En 1830 fue creada la Parroquia bajo la advocación de su Patrona y el 12 de marzo de 1936 Pío XI la eleva a la dignidad de Basílica. Es declarada monumento histórico nacional en 1942.

2. Acción apostólica de Enrique Shaw

La acción apostólica de Enrique Shaw fue vasta en sus 41 años de vida. Trabajó activamente en:

a. La Acción Católica Argentina (ACA)

Trayectoria:

1948: delegado Económico social del Consejo Arquidiocesano de Hombres de la Acción Católica, un tiempo antes había estado trabajando en la subcomisión Pro Ayuda a Europa; 1953: vicepresidente del Consejo Arquidiocesano de la Asociación de los Hombres; 1955: vocal de la Junta Central; 1956: tesorero de la Junta Central; 1958: director del Secretariado Central de Moralidad y miembro de la Junta Asesora de Finanzas de la Junta Central; 1961: el Episcopado lo nombra presidente de la Asociación de Hombres de la ACA. Fue muy activo en los encuentros llamados ALT (Apostolado en el lugar de Trabajo) como una modalidad de evangelización de la cultura dentro del esquema de la Acción Católica Argentina (Shaw, 2015: 356).

b. Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE)

El 3 de diciembre de 1952 Shaw y un grupo de empresarios católicos fundaron ACDE, como un modo de acercar la Doctrina Social de la Iglesia al medio empresarial argentino. El antecedente fue una carta que el Papa Pío XII envió al terminar la Segunda Guerra a los cardenales Santiago Copello, arzobispo de Buenos Aires y Antonio Caggiano, obispo de Rosario, informando sobre la dramática situación de la posguerra en Europa y pidiendo la colaboración de los argentinos. Como respuesta, se constituyó dentro de la Acción Católica una “Comisión Pro ayuda a Europa” (Shaw, 2015: 326 y ss.).

Otro antecedente valioso fue el diálogo entre Shaw y monseñor Reynold Hillenbrand (arzobispo en la arquidiócesis de Chicago y cofundador del *Family Christian Movement*) quien le hizo entender a Shaw que era mejor que aprovechara sus redes y conexiones en el ambiente de los empresarios y las pusiera al servicio de un objetivo superior: mejorar la situación de los trabajadores. Le señaló que los empresarios también tenían que ser evangelizados y que de ellos dependía la posibilidad de resolver el flagelo de la desocupación (Shaw, 2015: 59).

En cuanto a la primera Comisión Directiva de ACDE estuvo formada por Hernando Campos Menéndez, Carlos S. Llorente, Francisco Muro de Nadal, Miguel Alfredo Nougués, Jorge Pérez Companc, Basilio Serrano, Enrique E. Shaw, Julio Steverlynck y Fernando Tornquist. Enrique Shaw fue el primer Presidente de ACDE a pesar de ser uno de los más jóvenes de la comisión. Contaban con el asesoramiento del padre Manuel Moledo.

En cuanto a los socios fundadores de ACDE, las fuentes no nos aportan información completa. Recordemos que, como según los Estatutos también eran socios fundadores los que adherían hasta diciembre de 1953. Según Romero Carranza los socios fundadores de ACDE fueron: Marcelino J. Adúriz, Enrique Algorta, Roque Alvarez, Francisco Amorrortu, Luis P. Arrighi, Lucas J. Ayarragaray, Dino Bocacci, Max Bunge, Rafael Bunge, Juan M. Bustos Fernández, Hernando Campos Menéndez, Roberto J. Cardini, Jorge Castro Nevares, Elbio Coelho Cranwell, Juan Carlos Corral Ballesteros, Horacio G. Crespo, Martín de Elizalde, Carlos Dietl, Carlos Diez, Ernesto Diez Millares, Jorge R. Diez Peña, Ricardo A. Diez Peña, Jorge M. Dithurbide, Roberto Dolan, Jorge A. Durán, Manuel Escasany, Ricardo Esteller, Mario Farnesi, Raúl Fernández Aguirre, Heriberto Ferrari, Ramón J. Font, Horacio Frías, Alberto Gaona, José Ma. González Chaves, Víctor Jacobs Van Merlen, Raúl J. Lanusse, Mario F. Luparia, Carlos S. Llorente, Saturnino Llorente Torroba, Carlos E. Mackinnon, Manuel Majó, Alvaro Manfredi, Francisco Muñoz, Francisco Muro de Nadal, Luis Muro de Nadal, Miguel Alfredo Nougués, Jorge J. Peire, Jorge Pereda, Carlos Pérez Companc, Jorge Pérez Companc, Jorge Pereyra Iraola, Rafael L. Pereyra Iraola, Jorge N. Salimei, Juan A. Seitun, Basilio Serrano, Enrique E. Shaw, Alois Steverlynck, Julio Steverlynck, Jorge M. Steverlynck, Fernando Tornquist, Jorge Trucco Aguinaga, José M. Vallarino, Juan Ernesto Velazquez, Juan Vidal Rosello, Federico Videla Escalada, Iván Vila Echagüe.

Esta lista de personas presenta algunas diferencias con la lista de socios de ACDE que figuran en el documento de septiembre de 1953 titulado

“Exposición de motivos” y que constituye la carta de presentación pública de ACDE. En ese documento figuraban como socios de ACDE los antes nombrados y además los señores: Héctor Armelín, Pedro Barnetch, Héctor Boccaci, Alejandro Braun Menéndez, Frank Chevalier Boutell, Carlos de Alzaga, Fernando de Alzaga, Atilio Dell’Oro Maini, Carlos Diharce, Jesús Fernández Sierra, José Guereño, Alfredo R. Lenk, Héctor Lambías, José Maciel, Agustín Pestalardo, Emilio Poblet, Ricardo Puelles, Emilio Rossler, Juan Russinyol, Emilio Soules, Felipe Tami, Guillermo Vanrell Ramos, Emilio Vernet Basualdo (Shaw, 2015: 328).

En el período que va de septiembre de 1956 a mayo de 1957, ingresaron a ACDE treinta y dos nuevos socios: Alberto Vernet Basualdo, Heriberto Germán Fiorito, Federico Adolfo Ugarte, Juan Badessich, Federico Roberto Limpenny, Emilio Costa, Joaquín A. Cañas, Luis Devoto, Alberto Nicolás Doderó, Diego Mantilla, Jack Macdonal, Ernesto Ballvé Sardá, Gonzalo Sáenz Briones, Eduardo María Huergo, Francisco Aguilar Ballesteros, Eduardo R. Ayerza, Pedro M. García Oliver, Horacio Fano, Emilio Cárdenas Montes de Oca, Oscar Braun Menéndez, Juan Carlos Gibelli, Duilio Anzisi, Eduardo N. Acevedo, Cosme Beccar Varela, Marcos G. Balcarce, José Oscar Colabelli, Gastón Dorignac, Mario J. Goldaracena, José Muro de Nadal, Federico O’Grady, José Th. Van Cauvelaert, Manuel A. Portela Ramírez (Shaw, 2015: 329).

Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA)

La fundación de la Universidad Católica Argentina fue decidida en medio de un conflicto entre el gobierno del presidente desarrollista Arturo Frondizi y el Rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) Risieri Frondizi (hermano del primer mandatario). El choque entre quienes defendían el monopolio estatal de la enseñanza universitaria y quienes pregonaban la existencia de universidades privadas, desencadenó protestas y movilizaciones entre los que estaban a favor y en contra de *la educación laica o la libre*.

Finalmente el Episcopado Argentino realizó su Asamblea Plenaria en el mes de febrero de 1956 e inició el estudio de proyectos y bases de organización para la UCA. Por decreto del 8 de marzo de 1958, el Cardenal Caggiano, designó al Rector, Mons. Dr. Octavio N. Derisi, a los integrantes del Consejo Superior, a los Decanos de las distintas Facultades y el 25 de julio fue nombrado el Consejo de Administración. Shaw brindó su apoyo espiritual y material para la fundación de la UCA, donde en 1958 lo designan como el

primer Tesorero del Consejo de Administración. Continuó en ese cargo hasta su fallecimiento en 1962.

c. *Casa del Libro*

Cuando Enrique Shaw se enteró que el dueño de una librería que él frecuentaba iba a cerrar decidió comprarla junto con su amigo y compañero de la Acción Católica, Luis Arrighi en abril de 1956. Con el nombre “Casa del Libro” o “Librería francesa” y “Centro de cultura cristiana” su principal objetivo fue traer del exterior muchos libros católicos, especialmente de autores franceses, que aquí se desconocían. Su razón social era “Casa del Libro S. R. L. Shaw-Arrighi” (Shaw, 2015: 349).

“La Casa del Libro” era la representante de estas importantes editoriales: *Cerf, Mame, Desclée, Bonne Presse, Vitte, Vrin, La Source y Casterman*. Recibía suscripciones para revistas como: *Doc. Catholiques, Fêtes et Saisons, Informations Catholiques, L’Art Sacré, L’ Art Chretien, L’Art d’Eglise, Revue d’ ascetique et vie mystique, Cathechistes, Civiltá Cattolica, La Vie Intellectuelle, La Maison-Dieu y L’Amí du Clergé*.

d. *Juventud Obrera Católica (JOC)*

El fundador de la *Juventud Obrera Católica (JOC)* era un sacerdote belga que se llamaba José Cardjin, su objetivo era hacer apostolado en el mundo de los trabajadores. En la Argentina el movimiento *jocista* adquirió fuerza gracias al celo apostólico de dos sacerdotes: Agustín B. Elizalde y Enrique Rau. Enrique Shaw siempre manifestó su solidaridad con la JOC desde su puesto en ACDE, para que los obreros organizados pudieran contar con la ayuda para los programas y campañas de educación, promoción y representación de los jóvenes trabajadores y para la publicación del periódico “Juventud Obrera” (Shaw, 2015: 361).

e. *Movimiento familiar cristiano (MFC)*

Enrique Shaw fue colaborador del MFC (aun cuando no actuara formalmente). Este movimiento fue fundado en Buenos Aires por el padre Pedro Richards C.P. (1911-2004) y un grupo de matrimonios de la parroquia San Martín de Tours coordinados por Nino Llorente y su señora. Era un movimiento de espiritualidad conyugal que buscaba por encima de todo que los cónyuges vivieran con mayor intensidad la sacramentalidad de su

matrimonio, y en él, las fuentes de santidad para todos los miembros de la familia. Por ello recibió el beneplácito de Shaw (Shaw, 2015: 363).

f. Serra Club Buenos Aires

Shaw estuvo en el *Serra Club de Argentina* como miembro fundador desde su inicio en 1958. Su objeto institucional era rezar por las vocaciones sacerdotales. Era una organización internacional, para promover las vocaciones sacerdotales (Shaw, 2015: 383-384). Los *Serra Club* formaban parte de un movimiento mundial nacido en el año 1935 en Seattle (EE.UU.) y tomaron su nombre de Fray Junípero Serra, franciscano español del siglo XVIII, llamado “Apóstol de las Américas” por la obra evangelizadora realizada en la costa americana del océano Pacífico. El *Serra Internacional* y todos los clubes afiliados se hallaban incorporados a la *Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales*.

g. Pastoral Social

Fue uno de los primeros asesores laicos de los obispos argentinos, fue un precursor de las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Su conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia le permitió convertirse en redactor principal de la “Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino sobre la Promoción y la Responsabilidad de los Trabajadores”. Esto fue una importante contribución al Episcopado Argentino y por pedido de los obispos colaboró en la redacción. Se publicó el 28 de abril de 1956 y se difundió en momentos muy difíciles. Este documento resumía en un lenguaje accesible la opinión de la Iglesia sobre la cuestión social (Shaw, 2015: 423).

h. Ayuda económica a parroquias y organizaciones eclesíásticas

Para finalizar cabría destacar que Enrique Shaw ayudó económicamente a muchas parroquias, colegios, instituciones. Por ejemplo, a la construcción de la Iglesia “Nuestra Señora del Valle”, en Muñiz; “Nuestra Señora de la Paz”, en Pinamar; la “Sagrada Familia” de Berazategui.

Shaw hizo de garante para comprar una casa para el Verbo Divino, cerca de Palermo Viejo (apoyando al padre José Gallinger de la Congregación de Misioneros del Verbo Divino. Este sacerdote fue el fundador y director de la “Editorial Guadalupe”). También dio un aval para los trapenses que se estaban por instalar en Azul. Financió, en 1958, la cooperativa de vivienda que se llamaba “Cooperativa Solari”; se hicieron 62 viviendas en Florencio

Varela en el km. 28 sobre la ruta 2, junto al colegio “Jesús María”, en el cruce de Florencio Varela. También ponía a disposición su casa de veraneo en Pinamar para la Acción Católica y la Juventud Obrera Católica. Los primeros retiros en Argentina del *Opus Dei*, fueron realizados en la quinta de Muñiz, facilitada por él.

IV. Palabras finales

La vida de fe de Enrique Shaw –en años convulsionados para la Argentina y la Iglesia universal y argentina– tuvo la rara cualidad de convertirlo en un generoso animador de numerosos proyectos empresariales y de diversas obras apostólicas, pero evitando los sectarismos. Profundamente encarnado en su tiempo, supo cómo *sobrevolar las nubes* (parafraseando una frase del Cardenal Eduardo Pironio) en momentos políticos, económicos y eclesiales apasionados y violentos.

Referencias Bibliográficas

- AA.VV. (1992). *500 años de Cristianismo en Argentina*. CEHILA.
- Bejar, D. (2013). *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*. Siglo XXI.
- Belini, C. (2009). *La industria peronista*. Edhasa.
- Belini, C. (2017). *Historia de la Industria en la Argentina. De la Independencia a la crisis de 2001*. Sudamericana.
- Bobbio, N. (2000). Fascismo. En *Diccionario de Política*. Siglo XXI.
- Caimari, L. (1995). *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Ariel Historia.
- Ceva, M. (2010). *Empresas, trabajo e inmigración en la Argentina. Los casos de la Fábrica Argentina de Alpargatas y la Algodonera Flandria (1887-1955)*. Biblos.
- Constitución de la Nación Argentina de 1949 (1950). Publicación de la Universidad de Buenos Aires en el “Año del Libertador General San Martín”, Buenos Aires.
- De Elizalde, F. (Comp.) (2010). *Y dominad la Tierra. Mensajes de Enrique Shaw*. ACDE.
- De Kadt, E. (2007). *Catolicos radicais no Brasil*. UNESCO.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Siglo Veintiuno de Argentina editores.
- Di Stefano, R. (mayo 2004). *Católicos en el siglo: política y cultura*. Ponencias presentadas en el encuentro "Católicos en el siglo: política y cultura" realizado en mayo de 2004 en la Universidad Nacional de Quilmes.

- Di Stefano, R., & Zanatta, L. (2009). *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Sudamericana.
- Floria, C., & García Belsunce, C. (2009). *Historia de los argentinos*. El Ateneo.
- García Bossio, H. (2014). *¿Qué nos hace más Nación? Desafíos del desarrollismo frondicista-frigerista*. Edunla.
- Ghio, J. M. (2007). *La Iglesia Católica en la política argentina*. Prometeo Libros.
- Gilabert, J. (2003a). El grupo Tornquist entre la expansión y las crisis de la economía argentina en el siglo XX. *Ciclos*, 13(25-26), 65-92.
- Gilabert, J. (2003b). Redes sociales y vínculos familiares en los orígenes del grupo Tornquist. *Anuario - Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo*, 1(1), 45-73.
- Hobsbawm, E. (1995). Vista panorámica del siglo XX. En E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Ed. Crítica.
- Llach, L., & Gerchunoff, P. (2010). *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*. Editorial Planeta.
- Mallimaci, F. (2015). *El mito de la Argentina laica*. Capital Intelectual.
- Maritain, J. (1941). *Humanismo integral, problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*. Ediciones Ercilla.
- Newland, C. (2023). El pensamiento empresarial de un santo: Enrique Shaw. *Revista Criterio*, XCVI(2497).
- Perón, J. D. (2006). *La fuerza es el derecho de las bestias*. Instituto Nacional "Juan Domingo Perón", Colección Identidad peronista.
- Potash, R. (1971). *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*. Sudamericana.
- Potash, R. (1994). *El ejército y la política en la Argentina, 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista, Segunda parte, 1966-1973*. Sudamericana.
- Rouquieu, A. (1982). Poder militar y sociedad política en la Argentina II (1943-1973). EMECE.
- Russo, C. (2012). *Cristalerías Rigolleau: marchas y contramarchas*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Schvarzer, J. (1996). *La industria que supimos conseguir*. Editorial Planeta.
- Shaw, E. (2015). *Datos biográficos y de los testimoniantes*.
- Soneira, A. J. (1989). *Las estrategias institucionales de la Iglesia Católica 1880-1976*. Centro Editor de América Latina.
- Vaticano (1965). *Gaudium et spes*, 7 de diciembre de 1965.
- Vázquez Barquero, A. (2005). Diversidad territorial y desarrollo endógeno en Argentina. *Cultura Económica*, XXVII(77-78), 46-72.
- Zanatta, L. (1999). *Perón y el mito de la nación católica*. Sudamericana.

¹ Este artículo es parte del informe elaborado por el autor en el proceso de beatificación de Enrique Shaw.

² Se pueden consultar diversos estudios académicos sobre la historia de la Iglesia en Argentina, desde AA.VV. (1992). *500 años de Cristianismo en Argentina*. CEHILA; Di Stefano, R., & Zanatta, L. (2009). *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*.

Sudamericana; Di Stefano, R. (mayo 2004). *Católicos en el siglo: política y cultura*. Ponencias presentadas en el encuentro "Católicos en el siglo: política y cultura" realizado en mayo de 2004 en la Universidad Nacional de Quilmes; Ghio, J. M. (2007). *La Iglesia Católica en la política argentina*. Prometeo Libros; Soneira, A. J. (1989). *Las estrategias institucionales de la Iglesia Católica 1880-1976*. Centro Editor de América Latina.

³ Recordemos que desde el punto de vista económico-social, podemos definir al peronismo como una alianza estratégica entre la Confederación General del Trabajo (CGT) y la CGE. Ver Belini, C. (2009). *La industria peronista*. Edhasa; y Belini, C. (2017). *Historia de la Industria en la Argentina. De la Independencia a la crisis de 2001*. Sudamericana; Schvarzer, J. (1996). *La industria que supimos conseguir*. Editorial Planeta.

⁴ La apelación al modelo *entrepreneurship* sería clave en el posterior despliegue conceptual del desarrollismo frigerista, ya que puso de manifiesto la importancia que Frigerio y su grupo le asignaron a aquellos empresarios que, dentro la burguesía industrial (en su rol de "consumidores" de tecnología y de "ejecutores" de innovaciones organizacionales) fueron capaces de acompañar el modelo de sustitución compleja de importaciones impulsado desde el Estado desarrollista durante la gestión del doctor Frondizi.

⁵ Las cristalerías Rigolleau se ubicaban en la localidad de Berazategui, en ese entonces partido de Quilmes, ya que se escindió como partido propio en 1960. Berazategui pertenecía en vida de Shaw a la arquidiócesis de La Plata, provincia de Buenos Aires.

⁶ Ver Newland (2023).